LA

ATALA

Ex Libris

Russell Perry Sehold III

FL DRPS FA/0433
0500757285

ATALA

Ó

LOS AMORES

DE DOS SALVAGES

EN EL DESIERTO.

NOVELA

ESCRITA EN FRANCES

POR

FRANCISCO AUGUSTO

CHATEAUBRIAND.

TERCERA IMPRESION.

EN VALENCIA

POR JOSÉ FERRER DE ORGA.

AÑO 1813.

Esta traduccion de la ATALA *es propiedad de los Señores Mallen, Salvá y Compañía.*

A LA S.RA D.A R. G. T.

SU AMIGO P. G. R.

¿Como podria yo no dedicar á V., apreciable amiga, la traduccion de la Atala, quando ademas de ser deuda de mi amistad el hacerlo, fue uno de los motivos que me estimuláron á emprenderla, el que V. le-

yese en castellano esta interesante novelita? Sí, interesante para todos; pero mucho mas para quien debe sentir un placer con solo el recuerdo del pais, cuyas bellezas sabe realzar tanto Chateaubriand. ¡Oxalá fuese mi copia digna del original! entónces mi obsequio no recibiria todo su valor de la amistad.

ADVERTENCIA.

En los traductores es tan disculpable como comun el hablar con entusiasmo de las bellezas, que trasladan á otra lengua: al ménos este placer debe contárseles en parte del fruto de su trabajo. Yo podria tambien detenerme en hacer el elogio de la Atala, *sin que se entendiese que usaba de este permiso; y aun deberia lisonjearme de encontrar muchos que participasen del entusiasmo que excita en mí su lectura.*

El mérito de esta novelita es bien conocido en Francia, donde se han multiplicado rápidamente sus ediciones: siendo de extrañar que no se haya traducido ántes en España, á pesar de la aceptacion que tam-

bien ha logrado entre nosotros. El deseo de ver en nuestra lengua una obra tan digna de la atencion de los literatos, me hizo vencer el desaliento, que al principio me retraxo de emprender su traduccion.

He tocado muy de cerca las dificultades que ella presenta, para lisonjearme de que no se encontrarán defectos en la que doy al público, hecha en los ratos de ocio que me dexan ocupaciones mas serias y desagradables. Ninguna obra en su clase es mas á propósito que esta, para crear expresiones poéticas, y un lenguage parecido al del cantor de Aquíles, ó al del sublime y melancólico hijo de Fingal. En la Atala la expresion mas comun se halla convertida en una figura, en la boca del hombre de los desiertos; porque como han hecho notar escritores fa-

mosos, el hombre de la naturaleza pone todas sus ideas en imágenes. Pero esto es cabalmente lo que hace mas difícil su traduccion; habiendo el traductor de caminar siempre entre dos escollos, el de ser hinchado, ó el de no expresar las bellezas y gracias del original; y viéndose precisado á buscar en el lenguage ciertos giros nuevos, que es forzoso dar á la expresion, para no hacer lánguida la idea del autor, ó quitarla su verdadero colorido.

No es esto disculpar los defectos de mi traduccion; es poner á la vista sus dificultades: y aunque pudiera decir que no he tenido para corregirla escrupulosamente todo el tiempo necesario, esto no me eximiria de la crítica, si no soy tan desgraciado, que ni aun crítica merezca. Al ménos habré tenido la buena

eleccion de trasladar á nuestra lengua una novela original en su clase, y de un estilo y gracia singulares; y acaso mi exemplo animará á otro á dar una traduccion digna de Chateaubriand.

Á pesar de todo hubiera sufocado mis deseos, si no considerase, que al fin el fuego de sensibilidad que reyna en la Atala y sus descripciones nuevas y sublimes, son bellezas que nunca llegará á desfigurar una mala traduccion. En vano seria yo poco correcto y poco sublime; mi pluma debia copiar quadros dignos del Rafael ó del Ticiano, y era difícil borrar enteramente sus contornos y su colorido. Bien que para mi satisfaccion, bastará que los amantes de las letras y de la naturaleza se complazcan en la escena nueva é interesante, que presenta el hombre

de los desiertos, y el combate de su corazon agitado entre la religion y el amor. Estas pinturas agradarán siempre á todo hombre que tenga, ó sensibilidad ó imaginacion.

Del prólogo del autor he traducido solo lo que he contemplado preciso para dar idea de la obra, omitiendo lo que tocaba directamente á su persona. En lo demas si no he sido tan feliz como quisiera en trasladar á nuestra lengua bellezas inimitables de descripcion y de sentimiento; si en mi traduccion no se ve aquella magia, con que en boca de Chateaubriand enternece la expresion mas sencilla, y tal vez la mas comun, al ménos podré decir con La-Fontaine:

„On le peut: je l' essaye: q' un autre le finisse.

PREFACIO

DEL AUTOR.

Por la carta precedente (*) se viene en conocimiento del motivo que hubo para publicar la Atala, ántes que saliese á luz mi obra sobre el *Genio del cristianismo*, *ó las bellezas poéticas y morales de la religion cristiana*, de que forma parte. Resta solo dar una idea del modo con que se compuso esta historia.

Muy jóven era yo aun, quando concebí la idea de hacer la epo-

(*) *La carta á que alude el autor, se insertó en el publicista: se ha omitido su traduccion, por no creerla necesaria. El motivo de publicar separada esta obrita, fue el evitar los perjuicios, que podia ocasionar al autor el extravío de algunas copias de ella.*

peya del hombre de la naturaleza, ó de pintar las costumbres de los salvages, ligándolas á algun suceso conocido. Despues del descubrimiento de la América, no encontré asunto mas interesante, en especial para los franceses, que la mortandad de la colonia de los natches en la Luisiana, el año 1727. Me pareció, que todas las tribus indianas, conspirando por espacio de dos siglos de oposicion para restituir la libertad al Nuevo-mundo, ofrecian al pincel un asunto casi tan feliz como la conquista de México. Delineé sobre el papel algunos fragmentos de esta obra; pero desde luego eché de ver, que carecia de los verdaderos colores, y que para hacer un retrato parecido, era forzoso visitar los pueblos que queria pintar, siguiendo el exemplo de Homero.

En 1789 comuniqué á M. Malesherbes el proyecto que habia formado de pasar á América. Pero deseando dar al mismo tiempo á mi

viage un objeto útil, pensé en descubrir por tierra el paso tan buscado, sobre que Cook nos habia dexado tantas dudas. Emprendí pues mi marcha, recorrí las soledades americanas, y volví con planes para otro viage, que debia durar nueve años. Me proponia atravesar todo el continente de la América septentrional, subir en seguida por lo largo de sus costas hácia el norte de la California, y volver por la bahía de Hudson, rodeando por debaxo del polo. M. Malesherbes se encargó de presentar mis planes al Gobierno, y entónces fue quando leyó los primeros fragmentos de la obrita que doy al público.

De todos mis manuscritos sobre la América solo he salvado algunos fragmentos, en especial la *Atala*, que no era mas que un episodio de los *Natches*. La Atala se ha escrito en el desierto, debaxo de las chozas de los mismos salvages. No sé, si el público gustará de

esta historia que sale de todos los rumbos trillados, y presenta una naturaleza y unas costumbres, enteramente nuevas para Europa. En la Atala no hay aventuras: es una especie de poema (*), medio descriptivo, medio drámatico: todo consiste en la pintura de dos amantes, que caminan y conversan juntos en la soledad: todo gira sobre la pintura de los sobresaltos del amor, en medio de la calma de los desiertos y del sosiego de la religion. He

(*) *En un tiempo en que todo se halla pervertido en la literatura, me veo precisado á advertir, que si empleo aquí la voz* poema, *es por ignorar como explicarme de otro modo. No soy de esos bárbaros que confunden la prosa y el verso. El poeta, por mas que digan, es el hombre por excelencia; y volúmenes enteros de prosa descriptiva no equivalen á 50 hermosos versos de Homero, Virgilio ó Racine.*

dado á mi obra las formas mas antiguas, dividiéndola en *prólogo*, *narracion* y *epílogo*. Las principales partes de la narracion toman su denominacion diferente, como *los cazadores*, *los labradores*, &c; de este modo, en los primeros siglos de la Grecia, cantaban los rapsodas, baxo de diferentes títulos, los fragmentos de la Odisea y de la Ilíada. No negaré que fuera de la parte descriptiva, he buscado la mayor sencillez en el fondo y en el estilo; bien es verdad, que aun en la descripcion hay un modo de ser juntamente pomposo y sencillo. Decir que lo he intentado, no es decir que lo haya conseguido. Hace mucho tiempo, que solo leo la Biblia y el Homero: dichoso yo si lo demuestro, y si en las tintas del desierto, y en los sentimientos propios de mi corazon, he llegado á vaciar los colores de estos dos grandes y eternos modelos de lo bello y lo verdadero.

Añadiré, que no ha sido mi objeto arrancar muchas lágrimas: me parece un error peligroso el sentado entre otros por Voltaire, que las obras buenas son las que mas hacen llorar. Drama hay de que nadie quisiera ser autor, y que destroza el corazon mucho mas que la Eneida. El ser grande escritor, no consiste en poner el alma en tortura. Las verdaderas lágrimas son aquellas, que hace verter una hermosa poesía; y es preciso que en ella entre igual parte de admiracion que de dolor.

Así Príamo dice á Aquíles:

Ἀνδρὸς παιδοφόνοιο ποτὶ στόμα χεῖρ' ὀρέγεσθαι.

Juzga el exceso de mi desgracia, quando beso la mano que ha dado muerte á mis hijos. Así Josef exclama: *Ego sum Ioseph frater vester, quem vendidistis in Ægytum.* — *Yo soy Josef vuestro hermano, á quien vendisteis para Egipto.*

Estas son las únicas lágrimas,

que deben bañar las cuerdas de la lira, y hacer mas tiernos sus acentos. Las Musas son mugeres celestes, que no desfiguran sus facciones con gestos ridículos: si lloran, es con la intencion secreta de embellecerse.

Por lo demas, no soy como Rousseau, un entusiasta de los salvages: y aunque quizá tengo para quejarme de la sociedad tantos motivos como tenia este filósofo para lisonjearse de ello, no creo que la pura naturaleza sea la cosa mas hermosa del mundo. Por todas partes donde he tenido proporcion de contemplarla, la he encontrado muy deforme. Muy léjos de creer que el hombre que piensa es un *animal depravado*, creo que el pensar es lo que constituye al hombre. Todo se ha perdido con esta palabra *naturaleza*. Pintémosla, pero sea en bello: el arte no debe emplearse en imitar mónstruos.

No hablaré aquí de la morali-

dad que he querido dar en la Atala, siendo fácil el conocerla, y estando resumida en el epílogo; pero diré algo sobre mis personages.

La Atala, como el Filoctétes, no tiene mas que tres personas. Acaso la muger que he querido pintar, presentará un carácter bastante nuevo. Las contradicciones del corazon humano no se han desenvuelto suficientemente; y merecen serlo tanto mas, quanto dependen de la antigua tradicion de una degradacion original, y consiguientemente descubren ideas profundas sobre lo que hay de grande y misterioso en el hombre, y en su historia.

Cháctas, el amante de Atala, es un salvage que se supone nacido con talento, y que está mas que á medio civilizar, pues no solamente sabe las lenguas vivas, sino aun las muertas de Europa. Debe pues producirse con un estilo medio conveniente á la línea, sobre que camina

entre la sociedad y la naturaleza. Esto me ha proporcionado grandes ventajas, haciéndole hablar como salvage en la pintura de las costumbres, y como europeo en el drama y en la narracion. Sin este recurso era preciso renunciar á la obra: si siempre hubiese empleado el estilo indiano, la Atala estaria en griego para el lector.

En quanto al misionero, he procurado pintar á este sacerdote, tal qual es.

Si despues de todo, se exâmina lo que he reunido en tan pequeño quadro; si se considera que no hay circunstancia interesante en las costumbres de los salvages, que no haya indicado; bello efecto de la naturaleza, sitio hermoso de la Nueva-Francia, que no haya descrito; si se repara que al lado del pueblo cazador he colocado un quadro completo del pueblo labrador, para manifestar las ventajas de la vida so-

cial sobre la vida salvage; si se atiende á las dificultades que se me han presentado para sostener el interes dramático entre dos personas, durante una larga pintura de costumbres, y numerosas descripciones de paises; si se observa en fin, que en la catástrofe misma me he privado de todo socorro, procurando sostenerme, como los antiguos, únicamente por la fuerza del diálogo; estas consideraciones me harán acaso acreedor á alguna indulgencia de parte del lector. Repito, que no me lisonjeo de haber conseguido un éxîto feliz; pero siempre se debe agradecer á un escritor, el que haga sus esfuerzos, para volver á la literatura aquel gusto antiguo que tanto se ha olvidado en nuestros dias.

Por último diré, que si el gobierno frances, por un designio de la mas sublime política, pensase un dia en reivindicar el Canadá de la Inglaterra, mi descripcion de la

Nueva-Francia recibiria un nuevo interes. El asunto de la Atala no es todo de invencion mia: es cierto que hubo un salvage en las galeras y en la corte de Luis XIV; es cierto que un misionero frances ha hecho lo que he contado; y es cierto que he encontrado salvages cargados con los huesos de sus abuelos, y una madre jóven colocando el cuerpo de su hijo sobre las ramas de un árbol. Algunas otras circunstancias son tambien verdaderas; pero como no inspiran un interes general, me creo exônerado de hablar de ellas.

Bendita sea la Providencia.... Ya hace mucho tiempo que os voy buscando.

ATALA,
Ó
LOS AMORES DE DOS SALVAGES EN EL DESIERTO.

PRÓLOGO.

En otro tiempo poseyó la Francia en la América septentrional un vasto imperio, que se extendia desde el Labrador hasta las Floridas, y desde las playas del Atlántico hasta los mas apartados lagos del alto Canadá.

Estas inmensas regiones estaban divididas por quatro rios caudalosos, que nacian en las mismas montañas; el rio san Lorenzo, que desagua hácia el Este en el golfo de su nombre; el de el

Oeste, que lleva sus aguas á mares desconocidos; el rio Borbon, que corre de Mediodía á Norte, y se precipita en la bahía de Hudson; y el Meschacebé (*), que baxando de Norte á Mediodía se pierde en el golfo mexicano.

Este último en el espacio de mas de mil leguas fertiliza una deliciosa comarca, que los habitantes de los Estados-Unidos llaman el nuevo Eden, y á la que han conservado los franceses el dulce nombre de Luisiana. Otros muchos rios tributarios del Meschacebé, el Missuri, el Illines, el Akanza, el Ohío, el Wabacha y el Tenaso, la benefician con su cieno, y la fecundan con sus aguas.

Quando todos han crecido con las lluvias del invierno, quando las tempestades han asolado pedazos enteros de bosques; el tiempo reune sobre los

(*) *Nombre propio del Missisipi ó Meschassipi.*

manantiales árboles arrancados, los traba con lianas, los consolida con lodo, planta encima algunos arbolitos, y arroja su fábrica á las aguas. Impelidas estas balsas por las espumosas ondas, baxan de todas partes al Meschacebé, que las arroja hácia su embocadura, para formar allí un nuevo brazo. Atravesando por debaxo de los montes, de trecho en trecho levanta su estrepitosa voz, y extiende las aguas de que rebosa, al rededor de colunatas de bosques y pirámides de sepulcros indianos; haciéndose el Nilo de los desiertos. Pero en las escenas de la naturaleza la gracia siempre camina unida á la magnificencia; y miéntras la corriente del centro lleva tras sí al mar cadáveres de pinos y encinas, sobre las dos laterales se ven nadar á lo largo de la ribera islas flotantes de alfónsigo y de ninfea, cuyas rosas amarillas se levantan á manera de armiposas. En estas naves de flores se embarcan de

pasageros serpientes verdes, garzas azules, flamencos de color de rosa y cocodrilos pequeños; y desplegando al viento sus velas de oro, la colonia llega dormida á desembarcar en algun remanso retirado.

Con el curso de las aguas va presentándose el quadro mas extraordinario, desde la embocadura del Meschacebé hasta su union con el Ohío. Por la ribera occidental se descubren sábanas (*), cuyo término no alcanza la vista: sus olas de verdura, al apartarse parece que quieren subirse al azulado cielo, donde desaparecen. En estas praderas sin límites, se ven pastando á la ventura manadas de tres ó quatro mil búfalos monteses. Alguna vez un bisonte agobiado de años atraviesa

(*) *Este nombre se da en las colonias francesas de la América, á los terrenos incultos donde pacen los animales.*

á nado la corriente, y va á recostarse entre la crecida yerba de una isla del Meschacebé. Al ver su frente coronada de dos medias lunas, al ver su barba provecta y encenagada, creeriais que se os presentaba la deidad bramadora del rio, mirando con vista satisfecha la magnificencia de sus ondas, y la silvestre abundancia de sus riberas.

Tal es la escena que se presenta á la orilla occidental: la del lado opuesto, cambiando de improviso, forma un admirable contraste. Árboles de todas formas, de todos colores y perfumes se mezclan, y creciendo juntos suben á una elevacion que fatiga la vista, ya suspendidos sobre la corriente de las aguas, ya agrupados sobre los peñascos, ó ya dispersos en los anchurosos valles. La vid silvestre, la bignonia y la coloquíntida, entretexidas al pie de estos árboles, trepan hasta la punta de sus ramas, pasan del arce al tulipan, del tulipan al alcea, formando mil gru-

tas, mil bóvedas y otros tantos pórticos. Muchas veces estas lianas perdidas de un árbol á otro, atraviesan los brazos del rio, formando sobre ellos puentes y arcos de flores. Del seno de estas masas embalsamadas la altiva magnolia levanta su cono inmóvil, que coronado de blancas rosas señorea todo el bosque, sin reconocer otro rival que la palma, cuyos verdes abanicos se mecen suavemente á su lado.

Una multitud de animales colocados por el Criador en este hermoso retiro, difunde en él la vida y el encanto. Desde el extremo de las calles de árboles se ven los osos, que embriagados con la uva andan cayendo sobre los olmos: los castores se bañan á manadas en un lago: las negras ardillas juguetean entre la espesura de las hojas: páxaros burlones, palomas de Virginia del tamaño de un gorrion, se baxan á los céspedes sembrados de fresas: papagayos verdes de cabeza

amarilla, cotorras purpúreas, y cardenales de color de fuego trepan dando vueltas hasta lo alto de los cipreses; los colibrís centellean sobre el jazmin de las Floridas, y las serpientes silban suspendidas en las cimas de los árboles, meciéndose como lianas.

Si en las sábanas de la ribera opuesta todo es silencio y reposo, en esta por el contrario, todo es movimiento y ruido. Los desiertos se llenan de la silvestre armonía, que forman los picazos de las aves en el tronco de las encinas; los animales que corren y machacan entre sus dientes los huesos de las frutas; el susurro de las aguas, los hondos gemidos y los suaves arrullos. Pero quando un vientecillo anima estas soledades, mece todos estos cuerpos flotantes, confunde todas estas masas de blanco, azul, verde y rosa, mezcla todos estos colores, y reune todo este estrépito; entónces sale del centro de estos bosques tal

ruido, se presentan á la vista tales escenas, que en vano seria quererlas describir, para quien no ha recorrido estos campos primitivos de la naturaleza.

Despues del descubrimiento del Meschacebé por el P. Hennepin y por el desgraciado La-Salle, los franceses, que primero fixáron su domicilio en Biloxî y Nueva-Orleans, hiciéron alianza con los natches, nacion indiana, cuyo poder era temible en estas regiones. Injusticias particulares, la venganza, el amor y todas las pasiones regáron de sangre muy pronto la morada de la hospitalidad. Entre los salvages habia uno llamado Cháctas (*), que por su edad, sabiduría y ciencia en las cosas de la vida, era el amor y el patriarca de los desiertos. Como todos los hombres, habia comprado la virtud á fuerza de infortunios. Sus desdichas no solo llenáron aquellos bosques, sino que cun-

(*) *La voz armoniosa.*

diéron hasta las costas de Francia. Detenido en las galeras de Marsella por una injusticia cruel, recobrada la libertad, y presentado en la corte de Luis XIV, habia tratado con los grandes hombres de aquel famoso siglo, asistido á las fiestas de Versálles, á las tragedias de Racine y á los discursos de Bossuet; en una palabra, allí fue donde contempló la sociedad en su mas alto grado de esplendor.

Vuelto al seno de su patria despues de muchos años, Cháctas vivia tranquilo. Sin embargo el cielo le vendió caro este favor, pues habia perdido la vista. Una hija jóven le acompañaba en la soledad, así como Antígone guiaba los pasos de Edipo en el Citeron, ó como Malvina conducia á Ossian al sepulcro de sus padres.

Cháctas estimaba á los franceses, á pesar de las muchas injusticias que le habian hecho. Acordándose constantemente de Fenelon, de quien habia si-

do huésped, deseaba servir en algo á los compatriotas de este hombre virtuoso, y se le presentó una ocasion favorable. Impelido de sus pasiones y desgracias, un frances llamado René arribó á la Luisiana en 1725, subió el Meschacebé hasta Natchez, y pidió que le admitiesen por soldado de esta nacion. Chactas habiéndole exâminado, y viéndole firme en su resolucion, le adopta por hijo, y le da por esposa una india llamada Celuta. Poco despues de este casamiento, se disponen los indios para la gran cacería del castor.

Chactas, aunque ciego, es eligido por el consejo de los sachems (*) para mandar la expedicion, por el respeto que los pueblos de los bosques tributan á su nombre. Los agoreros interpretan los sueños; se consulta á los Manitús; se ofrecen sacrificios de pe-

(*) *Ancianos ó consejeros.*

tum; se queman trozos de lengua de danta; se exâmina si chispean en el fuego, á fin de explorar la voluntad de los Genios; y se emprende en fin la marcha despues de haber comido el perro sagrado. René es tambien de la comitiva: ayudadas de las opuestas corrientes, las piraguas suben por el Meschacebé, y ganan el cauce del Ohío: la estacion era la del otoño. Los magníficos desiertos de Kentuki, se desplegan á la vista del jóven frances, que una noche al resplandor de la luna, quando todos reposan en sus piraguas, y la flota indiana impelida de un ligero viento va prosiguiendo su camino, queda despierto con Chactas, y le ruega que le refiera sus aventuras.

El anciano consiente en darle gusto, y sentados los dos en la popa de la piragua, al ruido del agua y en medio de la soledad, habla de esta manera.

NARRACION.

LOS CAZADORES.

Destino singular es, hijo mio, el que nos reune en el desierto. Yo veo en ti el hombre civilizado, que se ha hecho salvage; y tú ves en mí el hombre de las selvas, á quien el Gran Espíritu ha querido civilizar, sin duda por sus designios. Habiendo entrado en la carrera de la vida por rumbos opuestos, tú has venido á descansar en el lugar mio, y yo fui á ocupar el tuyo; de modo que necesariamente hemos debido tener sobre este punto miras del todo contrarias. Y ¿quien de nosotros es el que ha ganado, ó perdido en mudar de posicion? Este conocimiento está reservado á los Genios, de los quales el que ménos sabe, excede en sabiduría á todos los hombres juntos.

A la próxîma luna de las flores (*) se habrá visto la tierra cubierta de nieve 73 veces (**), desde que mi madre me dió á luz en las riberas del Meschacebé. Los españoles acababan de establecerse en la bahía de Panzacola, pero aun no habitaba en la Luisiana blanco alguno. Apénas hube visto caer las hojas de los árboles 17 veces, quando en compañía de mi padre el guerrero Utalissi, emprendí la marcha contra los muscogulgos, nacion poderosa de las Floridas. Reunimonos á nuestros aliados los españoles, y se trabó el combate sobre uno de los brazos del Mobila. Areskui (***) y los Manitús no nos fuéron propicios; triunfáron los enemigos, mi padre perdió la vida en la accion, y yo recibí dos heridas defendiéndole. ¡Que no hubiese baxado

(*) *El mes de mayo.*
(**) *Una nieve por año.*
(***) *Dios de la guerra.*

yo tambien al pais de las almas (*), para evitar así las desgracias que me aguardaban sobre la tierra ! Mas los Genios lo ordenáron de otro modo, y el tropel de los fugitivos me arrastró á san Agustin.

En esta ciudad, recien fabricada por los españoles, estaba expuesto al riesgo de ser conducido á las minas de México, quando un anciano de aquella nacion llamado López, movido de mi juventud y sencillez, me ofreció un asilo, y me presentó á su hermana, con quien vivia, sin esposa.

En ambos se despertáron hácia mi los mas tiernos sentimientos : educáronme con el mayor esmero, y me diéron maestros de todas clases. Pero habiendo pasado treinta lunas en san Agustin, me sentia fastidiado de la vida social. Me extenuaba visiblemente; y unas veces inmóvil horas enteras, es-

(*) *Los infiernos.*

taba contemplando la cima de los lejanos bosques; otras, me encontraban sentado cerca del agua, que veia correr tristemente. Representábame las selvas, por cuyo centro habian discurrido estas aguas, y mi alma se entregaba del todo á la soledad. Sin poder resistir al deseo de volver al desierto, una mañana me presenté á López vestido de salvage, el arco y las flechas en la una mano, y los vestidos europeos en la otra. Devolvílos á mi generoso protector, á cuyos pies me arrojé derramando un torrente de lágrimas. Me di á mí mismo los nombres mas odiosos, y me acusé de ingrato; pero al fin le dixe : »Tú mismo lo estás viendo, padre mio; yo »moriré, si no vuelvo á la vida errante de indio."

Admirado López quiso apartarme de tal resolucion, representando los riesgos que me cercarian, exponiéndome de nuevo á caer en manos de los mus-

cogulgos. Mas viéndome resuelto á arrostrarlo todo, anegado tambien en lágrimas, y estrechándome entre sus brazos: »Ve, exclamó, hijo magnánimo de la naturaleza, recobra esa preciosa independencia, de que López no quiere despojarte. Yo mismo, si fuese mas jóven, te acompañaria al desierto (donde tambien existen para mí dulces recuerdos), y te volveria á los brazos de tu madre. Quando estés en los bosques, acuérdate de este anciano español, que te ha dado hospitalidad; y para inclinarte al amor de tus semejantes, jamas olvides que el primer ensayo que has hecho del corazon humano, ha sido todo en su favor." Concluyó López con una oracion al Dios de los cristianos, cuya religion habia yo rehusado abrazar, y nos despedimos con sollozos.

No tardé en ser castigado por mi ingratitud. Mi poca experiencia me extravió en el bosque, y fui apresado por

una partida de muscogulgos, segun López me habia predicho. Por el trage y plumas de mi cabeza conociéron que era natche, y me encadenáron, aunque sin rigor, á causa de mi juventud. Simaghan, gefe de la partida, quiso saber mi nombre, y respondí: »Me llamo Cháctas, hijo de Utalissi, hijo de Miscú, los quales han quitado mas de cien cabelleras á los héroes muscogulgos." Simaghan me dixo: »Alégrate, hijo de Utalissi, hijo de Miscú, pues serás quemado en el gran pueblo." »Está bien," repliqué, y entoné mi cancion de muerte.

Durante los primeros dias, á pesar de ser prisionero, no pude ménos de admirar á mis enemigos. El muscogulgo, ó mas bien el siminol su aliado, respira la alegría, el amor, el contento: su andar es desembarazado, su trato franco y sincero. Habla mucho y con soltura, su lenguage es armonioso y fácil, y ni aun la edad puede

quitar á los ancianos su alegre sencillez; y como las antiguas aves del desierto, mezclan los cantares de su juventud con las arias nuevas de sus nietos.

Mi juventud excitaba una tierna compasion y una amable curiosidad en las mugeres que seguian las tropas. Me hacian preguntas relativas á mi madre, y á los primeros dias de mi vida; querian saber si mi cuna de musgo colgaba en las floridas ramas de los arces, y si el viento la mecia junto al nido de los paxarillos. Otras veces, deseosas de inquirir el estado de mi corazon, me preguntaban, si por ventura habia visto en sueños una cierva blanca, y si los árboles del bosque secreto me habian aconsejado que amase. Yo respondia con ingenuidad á las doncellas y á las que eran ya esposas, diciéndolas: »Vosotras sois »las gracias del dia, y la noche os »ama como al rocío. El hombre sale

»de vuestro seno para chupar vuestro »pecho, y acercarse á vuestra boca: »teneis expresiones mágicas, que ador»mecen toda especie de dolores. ¡Esto »me dixo la que me dió á luz, y la »que jamas volverá á verme! Tambien »decia, que las vírgenes eran flores »misteriosas, que se encuentran en pa»rages solitarios." Estos elogios agradaban no poco á las mugeres, que me colmaban de dones, me traian crema de nueces, azúcar de arce, sagamita (*), jamones de oso, pieles de castor, conchas para adornarme, y musgo para mi lecho. Cantaban y reian conmigo, y se ponian á llorar, al acordarse que habia de ser quemado.

Una noche sentado junto á la hoguera con el soldado que me guardaba, siento de repente el ruido de una vestidura sobre la yerba, y una muger medio cubierta de un velo se sien-

(*) *Especie de pasta.*

ta á mi lado. Sus ojos estaban agitados del llanto, y en su pecho brillaba al resplandor del fuego un Crucifixo de oro. Era perfectamente hermosa, y en su rostro se veia un no sé que de virtuoso é interesante, que encerraba un atractivo irresistible. Á esto añadia gracias aun mas tiernas: en sus miradas respiraba una extrema sensibilidad unida á una profunda melancolía, y su sonrisa era celestial.

Túvela por la *virgen de los postreros amores*, esa doncella que envian al prisionero de guerra para encantar su tumba. Baxo de este concepto, le dixe con voz balbuciente y una turbacion que no nacia del temor á la hoguera: »Vos, vírgen, sois digna de los pri»meros amores: no, no estais criada »para los postreros. Los latidos de un »corazon, que dentro de poco ya no »respirará, mal corresponderian á los »movimientos del vuestro. Y ¿como ha »de mezclarse la muerte con la vida?

»Vos hariais que me pesase demasiado »el perder la exîstencia: sea otro mas »dichoso, y prolongados abrazos estre»chen la liana y la encina."

Entónces me dixo ella: »No soy »la vírgen de los postreros amores: »¿eres tú cristiano?" Le respondí, que no habia abandonado los Genios de mi cabaña. Á estas palabras hizo un movimiento involuntario, diciendo: »Tengo »sentimiento de que seas idólatra: mi »madre me hizo cristiana; me llamo »Atala, hija de Simaghan el de los »braceletes de oro, gefe de estas tro»pas, que vuelven á Apalachucla, don»de has de ser quemado." Al pronunciar estas palabras, se levantó y partió. — Aquí Cháctas se vió precisado á interrumpir su narracion, pues acumulándose sobre su alma mil recuerdos, saliéron de sus cerrados ojos dos fuentes de lágrimas, que caian por sus marchitas mexillas, á la manera que dos manantiales, ocultos en la profunda no-

che de la tierra, se descubren por las aguas que van filtrando entre las rocas. — Hijo mio, prosiguió diciendo: ya ves que Cháctas es muy poco sabio, á pesar de su reputacion. ¡Ay mi querido hijo! los hombres aun quando no pueden ver, pueden todavía llorar. Pasáronse muchos dias, y la hija del sachem venia todas las noches á hablarme junto á la hoguera. El sueño habia huido de mis ojos, y Atala estaba en mi corazon tan grabada, como el recuerdo de la casa de mis padres.

Al décimo séptimo dia de marcha, hácia el tiempo en que sale de las aguas la mosca pasagera, pisamos la gran sábana Alachua, cercada de collados, que huyendo unos de otros, y elevándose hasta las nubes, están cubiertos de bosques frondosos, de graderías de copaybas, limones, magnolias y verdes encinas. El gefe dió el grito de llegada, y las tropas acampáron al pie de las colinas. Á mí me

retiráron á alguna distancia, junto á uno de los *pozos naturales*, tan famosos en las Floridas. Atado al pie de un árbol, un soldado velaba siempre impaciente en mi guarda. Apénas estaba algunos instantes en este sitio, quando Atala apareció sobre los estoraques de la fuente. »Cazador, dixo al héroe »muscogulgo, si quieres perseguir los »machos monteses, yo quedaré guar»dando al prisionero." El soldado salta de gozo á esta expresion de la hija de su gefe, y baxando por la colina, se adelanta hácia la llanura.

¡Ó extraña condicion del corazon humano! Yo que deseaba decir los secretos del misterio á la que ya amaba como al sol, ahora turbado y confuso, casi preferiria ser arrojado á los cocodrilos de la fuente, al verme solo de esta manera con Atala. La guarda del hombre del desierto estaba tan turbada como el prisionero: el silencio sellaba nuestros labios, porque los Ge-

nios del amor nos habian dexado sin palabras. Al fin haciendo un esfuerzo, la hija del belicoso Simaghan habló así: »Soldado: estás débilmente aprisionado, y con facilidad puedes lograr tu »fuga." Estas palabras volviéron la fuerza á mi lengua, y respondí: »Muger, ¡débilmente aprisionado!"...y no supe como acabar. Atala dudosa algunos momentos dixo: »Sálvate:" y me desató del tronco del árbol. Yo recogí la cuerda, y la puse en las manos de la extrangera, obligándola á que sus hermosos dedos estrechasen mi cadena. »Tomadla, exclamé, tomadla." »Eres »un insensato, dixo Atala, con voz »perturbada: ¿no sabes que han »de quemarte, desdichado? ¿que es »lo que intentas? ¿No reflexîonas que »soy la hija de un terrible sachem?" »Hubo un tiempo, repliqué llorando, »en que tambien mi madre me lleva»ba sobre sus espaldas, en una piel »de castor. Mi padre poseia tambien

»una hermosa choza, y sus machos »monteses bebian el agua de mil ar»royos: mas ahora errante, no tengo »patria. Quando ya no exîsta, no ha»brá siquiera un amigo que coloque »sobre mi cuerpo un poco de yerba, »para libertarlo de los insectos: el ca»dáver de un extrangero desgraciado »á nadie interesa."

Estas palabras enterneciéron á Atala, y sus lágrimas baxáron á unirse con el agua de la fuente. »¡Ah, aña»dí con energía, si vuestro corazon ha»blase como el mio! ¿El desierto no »es libre? ¿en su verdoso adorno no »tienen los bosques sitios á propósito »para ocultarnos? ¿Tanto se necesita, »para que sean dichosos los hijos de »las cabañas? ¡Ó muger, mas hermosa »que el primer sueño del esposo! que»rida mia, determínate á seguir mis »pasos en la soledad." Estas fuéron mis palabras, á que Atala respondió con voz tierna: »Mi jóven amigo, tú

»has aprendido el lenguage de los »blancos, ¡y es tan fácil engañar á »una india!" »¡Por que, exclamé, me »llamas tu jóven amigo! ¡Ah! si un »pobre esclavo...." »Bien, dixo incli»nándose hácia mí, un pobre escla»vo...." Díxela con vehemencia: »Da»me una sola muestra de tu fe con »un ósculo." Atala escuchó mi súplica; y como un cervatillo parece estar pendiente de las flores de lianas, que ha asido con su delicada lengua en lo escarpado del monte, así quedé yo pendiente de los labios de mi querida.

¡Ay, hijo, la dicha no dista mucho del infortunio! ¿Quien podria creer, que el momento en que Atala me daba la primer prenda de su amor, fuera el mismo, que eligiese para hundir el puñal en mi pecho? ¡Blancos cabellos del anciano Cháctas, qual fue vuestro asombro, al oir pronunciar estas palabras á la hija del desierto! »Hermoso prisionero, yo he cedido lo-

»camente á tu deseo; pero ¿adonde »nos conducirá esta pasion naciente? »Mi religion me separa para siempre »de ti. ¿Madre mia, que hiciste?" Atala calló de repente, y contuvo no sé que fatal secreto, que iba á salir de su boca. Sus palabras me sumergiéron en una desesperacion tanto mas profunda, quanto habia sido mas viva mi esperanza. »Está bien, exclamé: he »de igualarte en crueldad; no esperes »que huya: tus ojos me verán en el »recinto del fuego, tu oido escuchará »el rechinar de mis miembros, y tu »corazon se llenará de alegría." Atala estrecha mis manos con las suyas, exclamando: »¡Pobre idólatra, verdade»ramente me causas compasion! ¿Quie»res que llore todo mi corazon? ¡Que »lástima no poder huir contigo! El »seno de tu madre, Atala, ha sido »desgraciado: ¿por que no te arrojas »al cocodrilo de esa fuente?"

En aquel momento empezaban á

escucharse los rugidos de los cocodrilos, al ponerse el sol, y Atala me dixo: »Dexemos esta negra gruta." Y yo conduxe á la hija de Simaghan al pie de los collados, que formaban golfos de verdura, adelantando sus promontorios hácia la sábana. En el desierto todo reposaba, todo era magnífico, melancólico y solitario. La cigüeña gritaba desde su nido, los bosques resonaban con el canto monótono de las codornices, el silbido de los papagayos, el bramido de los bisontes y el relincho de las yeguas siminoles.

Nuestro paseo fue silencioso: Atala caminaba á mi lado teniendo asida la punta de la cuerda, que le obligué á tomar. Alguna vez nuestros ojos derramaban lágrimas; ya buscábamos una sonrisa, ya una mirada, que al instante se fixaba en el cielo, ó se clavaba en la tierra. Un oido atento al canto de los paxarillos, un ademan hácia el occidente, una mano estrecha-

da con ternura, un pecho ya palpitante, ya tranquilo; los nombres de Cháctas y de Atala dulcemente repetidos por intervalos... ¡O primer paseo del amor dado con Atala en el desierto! ¡Muy poderoso debe ser tu recuerdo, quando despues de tantos años de infortunio, conmueves todavía el corazon del anciano Cháctas!

¡Quan incomprensible es un corazon agitado por las pasiones! Por volver á ser libre, acababa de abandonar al generoso López, y de exponerme á riesgos sin límite: las miradas de una muger trastornan en un instante mis inclinaciones, mis propósitos y mis ideas, olvidando á mi pais, mi madre, mi cabaña, y aun la horrible muerte que me aguardaba: me sentia indiferente á todo lo que no fuese Atala. Sin valor para elevarme á la razon de hombre, habia caido repentinamente en una especie de infancia; y léjos de hacer por mí mismo

cosa alguna, casi necesitaba que cuidasen de mi descanso y de mi alimento.

Despues de recorrer la sábana, arrojándose Atala á mis pies, me suplicó de nuevo que huyese; pero fue en vano, pues le protesté, que yo mismo me volveria al campo, si rehusaba atarme otra vez al pie del árbol. Así se vió precisada á ceder á mi ruego, esperando convencerme en otra ocasion.

Al dia siguiente á este, que decidió el destino de mi vida, las tropas hiciéron alto en un valle poco distante de Cuscowilla, capital de los siminoles, indios que unidos á los muscogulgos, forman con ellos la confederacion de los creeks. Á la media noche, vino á buscarme la hija del pais de las palmas, y me conduxo á un bosque de pinos, donde renovó sus ruegos para obligarme á que huyese. Sin responderle una palabra, estrecho su mano con la mia, y obligo á esta

cervatilla conmovida á recorrer conmigo todo el bosque. La noche era deliciosa: el Genio de los vientos sacudia sus azules cabellos embalsamados en la fragrancia de los pinos, y se respiraba el suave olor del ámbar, que exhalaban los cocodrilos recostados baxo los tamarindos de los rios. La luna brillaba en medio de un campo azul sin mancha, y su luz gris-de-perla fluctuaba sobre la incierta cima de los bosques: no se percibia otro ruido, que una lejana armonía que reynaba en lo profundo del bosque; podia decirse que el alma de la soledad sollozaba en toda la extension del desierto.

Por entre los árboles vemos un jóven, que con una antorcha en la mano se parecia al Genio de la primavera, recorriendo los bosques para reanimar la naturaleza. Era un amante, que iba á saber su suerte á la cabaña de su querida. Si la doncella apagaba la an-

torcha, era señal de aceptar el esposo: si se cubria sin apagarla, desechaba los deseos ofrecidos. El guerrero deslizándose por entre las sombras, cantaba así á media voz:

Al rayar el dia, ya estaré yo en la cima del monte, para sorprender á mi paloma solitaria sobre las ramas del bosque. — He prendido á su garganta un collar de porcelanas (*), que tiene ensartados tres granos roxos para mi amor, tres morados para mis temores, y tres azules para mis esperanzas. — Mila tiene los ojos de un armiño, y la cabellera como un campo de arroz: su boca es una concha de rosa guarnecida de perlas: sus dos pechos como dos cabritillos sin mancha, nacidos en un dia de una misma madre. — ¡Oxalá apague Mila esta antorcha, y su boca derrame sobre ella una sombra deliciosa! Yo fe-

(*) *Especie de conchitas.*

cundaré su seno: de su materno pecho penderá la esperanza de la patria, y sobre la cuna de mi hijo fumaré en mi calumet (*) de paz. — Al rayar el dia, ya estaré yo en la cima del monte, para sorprender á mi paloma solitaria sobre las ramas del bosque.

Así cantaba el jóven, cuyos acentos penetráron de turbacion mi alma, y alteráron el rostro de Atala; pero de esta escena nos distraxo otra no ménos peligrosa para nosotros. Pasábamos junto al sepulcro de un niño, que en la soledad servia de límite á dos naciones, y estaba colocado, segun costumbre, á la orilla del camino público, para que las jóvenes al ir á la fuente, pudiesen atraer á su seno el alma de la inocente criatura, para devolverla á su patria. En aquel momento estaban allí al-

(*) *Especie de pipa.*

gunas reciencasadas, que anhelando las dulzuras de la maternidad, y entreabriendo sus labios, querian recoger el alma del niño, que se figuraban ver vagar por entre las flores. Todas hiciéron lugar á la verdadera madre, que dexando sobre el sepulcro un hacecito de maiz y blancos lirios, regó el suelo con su leche; y sentándose despues en el húmedo césped, dixo á su hijo con voz enternecida.

¿Por que te lloraria yo, recien nacido mio, en tu cuna de barro? Quando el paxarito crece, es preciso que busque el alimento, y en el desierto encuentra bastantes granos amargos. Al ménos tú no has conocido las lágrimas: tu corazon no ha estado expuesto al soplo devorador de los hombres. El boton que se seca ántes de abrir su capullo, pasa con toda su fragrancia, como tú, hijo mio, con toda tu inocencia. ¡Dichosos los que mueren en la cuna, sin

conocer mas que los besos y caricias de su madre!

Cediendo en fin á nuestro corazon, nos oprimiéron estas imágenes de amor y maternidad, que la noche seguia representándonos en la deliciosa soledad, para mayor confusion nuestra. Mis brazos conduxéron á Atala al centro de los bosques, y le dixe cosas, que en vano querria ahora que repitiesen mis labios. El viento de Mediodía, querido hijo, pierde su ardor al pasar por valles cubiertos de yelo; y los recuerdos del amor en el corazon de un anciano, son como el fuego del astro del dia reflexados por el apacible disco de la luna, quando el sol se ha ocultado, y reyna la melancolía en las chozas de los salvages.

¿Quien podia salvar á Atala, quien libertarla de ceder á la naturaleza? Solamente un milagro, y este se verificó. La hija de Simaghan recurrió al Dios de los cristianos, y arrodillada

en tierra hizo una fervorosa oracion, dirigida á su madre, á la reyna de las vírgenes. Desde este momento, René, concebí una idea maravillosa de esta religion, que en los bosques y en medio de todas las privaciones de la vida, pudo colmar de mil bienes á dos desgraciados: de esta religion, que con solo oponer su poder al torrente impetuoso de las pasiones, basta para vencer las inclinaciones mas fogosas, aun quando las favorece el secreto del bosque, la ausencia de los hombres y el silencio de las sombras. ¡Ah, que divina me pareció la simple salvage, la sencilla Atala! que de rodillas delante de un pino derribado, como si fuera un altar, por entre las cimas de los árboles, dirigia á Dios sus ruegos por un amante idólatra. Sus ojos levantados hácia el astro de la noche, sus mexillas brillantes con las lágrimas de la religion y del amor, estaban bañadas de una belleza inmortal.

Muchas veces me pareció, que iba á alzar el vuelo hácia los cielos: me figuré ver baxar sobre los rayos de la luna, y escuchar entre las ramas de los árboles á esos Genios, que el Dios de los cristianos envia á los ermitaños de los desiertos, quando desea llamarlos á sí; y me entristecia al pensar, que Atala no podia vivir mucho tiempo sobre la tierra.

Entre tanto derramaba ella tantas lágrimas, se me mostraba en tal colmo de desgracia, que acaso iba á consentir en separarme, quando resonó en el bosque el grito de muerte, y se arrojáron sobre mí quatro hombres armados: habíamos sido descubiertos, y dado órden el gefe de la guerra, para que nos persiguiesen.

Atala, semejante á una reyna en su magestuoso ademan, desdeñó el hablar á estos soldados. Mirólos con altivo desden, y se dirigió en busca de su padre.

Nada pudo lograr de él: mis guardas se dobláron, multiplicáronse mis cadenas, y separáron á mi amante. Cinco noches pasáron hasta que divisamos á Apalachucla, situada sobre la ribera del rio Chata-Uche. Al instante me coronan de flores, me pintan el rostro de azul y bermellon, me cuelgan perlas en nariz y orejas, y ponen en mi mano un chichicué (*).

Adornado así para el sacrificio, entré en Apalachucla entre la algazara de la tropa. Pocos instantes me restaban de vida, quando de repente suena un caracol, y el mico, ó gefe de la nacion, ordena que se junte el consejo.

Ya sabes, hijo mio, los tormentos que los salvages hacen sufrir á los prisioneros de guerra. Los misioneros cristianos, á riesgo de su vida y con una caridad infatigable, habian llegado á

(*) *Instrumento músico de los salvages.*

introducir en muchas naciones una esclavitud bastante suave en lugar de los horrores de la hoguera. Los muscogulgos no habian adoptado aun esta costumbre; pero se habia declarado por ella un partido numeroso. El mico convocaba á los sachems para este importante negocio; y yo fui tambien conducido al sitio de las deliberaciones.

En un cerro aislado á corta distancia de Apalachucla, se levantaba el pabellon para el consejo. Tres órdenes de colunas de cipres labrado y esculpido, formaban la elegante arquitectura de esta rotunda: su altura y diámetro se aumentaban á medida, que disminuyendo en número se acercaban al centro, sostenido por un solo pilar. De sus remates salian unas faxas de corteza de árboles, que pasando por encima de las demas colunas, cubrian el pabellon en forma de abanico calado.

El consejo se junta: cincuenta ancianos con soberbios mantos de castor

se colocan en aquella especie de graderías, de frente á la puerta del pabellon. El gran gefe sentado en el centro, tiene en su mano el calumet de paz, medio pintado para la guerra. Á la derecha de los ancianos, se sientan cincuenta mugeres cubiertas de una vestidura ondeada de plumas de cisne. Los gefes de la guerra con el tomahawak en la mano, el penacho sobre la cabeza, las manos y el pecho teñidas en sangre, toman la izquierda de los padres de la patria.

Al pie de la coluna central arde el fuego del consejo. El primer agorero rodeado de ocho guardas del templo, vestido de ropa talar, y llevando un buho atado sobre la cabeza, derrama en la llama el bálsamo de copayba, y ofrece un sacrificio al sol. Las tres clases de ancianos, matronas y guerreros, los sacerdotes, las nubes de incienso y el sacrificio; todo daba á este consejo salvage una osten-

tacion extraordinaria y pomposa.

Yo estaba encadenado en medio de todos. Concluido el sacrificio, el mico toma la palabra, expone con sencillez el motivo por que ha hecho reunir el consejo, y arroja un collar azul en medio del salon, en prueba de lo que ha dicho.

Entónces se levanta un sachem de la tribu del aguila, y habla así:

»Mico, padre mio; sachems, ma»tronas, guerreros de las quatro tri»bus del aguila, del castor, de la »serpiente y de la tortuga; no altere»mos en nada las costumbres de nues»tros abuelos: quememos al prisione»ro, y no afeminemos nuestro valor: »se os propone una costumbre de los »blancos, y no puede dexar de seros »perniciosa. Dadme un collar roxo que »contenga mis palabras. He dicho." Entónces arrojó un collar roxo en la asamblea.

Una matrona se levanta, y dice:

»Padre mio el aguila; vos teneis »la penetracion de un raposo, y la »prudente lentitud de una tortuga. »Quiero ilustrar la cadena de amistad, »que hay entre vos y entre mí, »para plantar el árbol de la paz. »Pero alteremos las costumbres de nues»tros abuelos en quanto sean funestas: »tengamos esclavos que cultiven nues»tros campos; pero no lleguen mas á »nuestro oido los gritos del prisione»ro, que estremecen las entrañas de »las madres. He dicho."

Á la manera que con la tempestad se estrellan unas con otras las olas del mar; que en el otoño son arrebatadas por el torbellino las hojas secas de los árboles, y las cañas del Meschacebé caen, y se levantan en una inundacion repentina; y del mismo modo que brama una gran manada de ciervos en el centro del bosque; así se agitaba y murmuraba el consejo. Sachems, soldados, matronas, todos

hablan succesivamente y á un tiempo mismo. Los intereses se encuentran, las opiniones se dividen, y la asamblea va á disolverse. Mas al fin triunfa el antiguo uso, y se decide, que el prisionero sea quemado con los tormentos de costumbre.

Retardó mi suplicio la circunstancia de estar próxîma la *fiesta de los difuntos*, ó *el festin de las almas*: era uso no matar cautivo alguno durante los dias consagrados á esta gran ceremonia. Mi custodia se encargó á una guardia rigurosa, y sin duda los sachems alejáron á la hija del Simaghan, porque no volví á verla.

Entre tanto iban reuniéndose, para celebrar el festin de las almas, naciones de mas de trescientas leguas en contorno. Se habia levantado una gran choza en un sitio desviado del desierto. El dia señalado, cada cabaña desenterró de los sepulcros particulares los restos de sus padres, y colgáron

los esqueletos por órden y por familias en las paredes de la *sala comun de los abuelos*. Habian elegido cabalmente el momento de una tempestad; y los vientos, los bosques, las cataratas bramaban por fuera, en tanto que ancianos de diferentes naciones ajustaban entre sí tratados de comercio, de paz y de alianza sobre los huesos de sus padres,

Celébranse los juegos fúnebres de la carrera, la pelota y las tabas. Dos doncellas juegan á arrebatarse una varita de sauce: sus senos se estrechan, sus bocas se encuentran, y sus manos dan vueltas al rededor de la varita levantada sobre sus cabezas. Se entrelazan sus hermosos y desnudos pies, sus alientos se confunden, se inclinan y juntan sus cabelleras: en seguida miran á sus madres, el rubor (*)

(*) *El rubor es muy conocido entre las jóvenes salvages.*

sonrosea sus mexillas, y el concurso las aplaude. El agorero invoca á Michabú, genio de las aguas: refiere las guerras de la gran liebre contra Kitchimanitú, dios del mal. Canta al primer hombre, y á la hermosa Atahensica, la primera muger, arrojados del cielo por haber perdido la inocencia: á la tierra manchada con la sangre fraternal: al impío Juskeka inmolando al justo Tahuitsaron: al diluvio cayendo á la voz del grande Espíritu: á Massú, que se salvó solo en su canoa de corteza, y al cuervo enviado para descubrir la tierra. Cantó tambien á la hermosa Endae, sacada de la morada de las almas por las dulces canciones de su esposo.

Concluidos estos juegos y cánticos, se trata de dar eterna sepultura á los abuelos. En las riberas del rio Chata-Uche, se veia una higuera silvestre consagrada por el culto de los pueblos. Las doncellas acostumbraban

lavar en este sitio sus vestidos de corteza, y tenderlos al soplo del desierto sobre las ramas del añoso árbol: y en este mismo lugar habian cavado un espaciosísimo sepulcro. Salen del salon fúnebre entonando el himno de muerte; cada familia lleva algun pedazo sagrado, y hasta los niños mas tiernos van cargados con los huesos de sus padres. Quando esta procesion solemne llega á la tumba, van baxando á ella las reliquias; las extienden á capas; las separan con pieles de osos y de castores; se levanta el monte del sepulcro, y se planta el árbol del llanto y del sueño.

Compadezcamos á los hombres, querido hijo: estos mismos indios, cuyas costumbres son tan interesantes, las mismas mugeres, que me habian manifestado una compasion tan viva, pedian ahora en altas voces mi suplicio; y retardaban su partida naciones enteras, por disfrutar el placer de ver sufrir tormentos espantosos á un jóven desventurado.

En un valle situado hácia el Norte, á corta distancia del gran Pueblo, se levanta un bosque sombrío de cipreses y pinos, llamado el *bosque de la sangre*. Para llegar á él, se atraviesa por las ruinas de un antiguo monumento, edificado en el desierto por un pueblo desconocido. En el centro del bosque se forma un vasto circo, donde son sacrificados los prisioneros de guerra, y al qual fui conducido en triunfo: todo se apresta para mi muerte; se planta el pilar de Areskui; los pinos, los olmos, los añosos cipreses caen al golpe de la segur, y se levanta la pira; los espectadores forman anfiteatros con ramas y troncos de árboles; cada uno inventa su suplicio: quien se propone arrancarme la piel del cráneo, quien abrasarme los ojos con teas encendidas, y

yo principio mi cancion de muerte.

«No temo los tormentos, musco-»gulgos; tengo valor, os desafío, y »desprecio mas que si fuerais mugeres: »mi padre el famoso Utalissi, hijo de »Miscú, ha bebido en el cráneo de »vuestros mas famosos guerreros: no, »no espereis arrancar de mi corazon »un solo suspiro."

Irritado con mi cancion un soldado, me hiere el brazo con una flecha, y le digo: «Hermano, te doy »las gracias."

A pesar de la actividad de los verdugos, los preparativos del suplicio no pudiéron concluirse ántes de ponerse el sol. Consultóse al agorero, y habiendo este prohibido, que se inquietase el silencio de los Genios de las sombras, mi muerte se difirió hasta el dia siguiente. Con la impaciencia de disfrutar del espectáculo, y para estar mas prontos al tiempo de salir la aurora, nadie dexó el bosque de

la sangre. Encendiéronse hogueras, y principiáron los festines y danzas.

Á mí entre tanto me tendiéron de espaldas en el suelo: las ataduras que ligaban mi cuello, mis pies y brazos, se réunian en unas estacas clavadas á alguna distancia. Habia soldados recostados sobre estas ataduras, y no era posible moverme sin que lo advirtiesen. Adelantándose la noche, las canciones y danzas cesan por grados: las hogueras no despiden sino una llama bermeja, á cuyo resplandor se distinguen aun las sombras de algunos salvages errantes. Al fin todo reposa: á medida que cesa el ruido de los hombres, crece el del desierto; y al tumulto de las voces suceden en los bosques los silbidos del viento.

Era la hora, en que la jóven salvage, que acaba de ser madre, se levanta sobresaltada, porque cree oir los gritos de su reciennacido pidiéndole el dulce sustento. Estaba yo ha-

ciendo reflexîones sobre mi destino con los ojos clavados en el cielo, donde la luna vagaba entre las nubes. Atala debia representarse como un monstruo de ingratitud, al que se habia entregado á las llamas ántes que dexarla.... ¡Abandonarme en el momento de mi suplicio!... Sin embargo sentia que la amaba aun, y que moria alegre por ella.

En los excesivos placeres hay un aguijon que nos punza, para avisarnos que aprovechemos un corto instante: en los grandes dolores al contrario hay no sé que peso, que nos aletarga: los ojos cansados de llorar se cierran naturalmente; y así hasta en los infortunios se hace sentir la mano de la Providencia. Por último cedí al pesado sueño, que alguna vez prueban los desventurados. Soñaba que desataban mis ligaduras, y creia sentir el consuelo que da una mano bienhechora, quando nos liberta de

hierros que oprimen fuertemente.

Tan intensa fue la sensacion, que me hizo abrir los ojos, y al pálido resplandor de la luna, que por entre dos nubes despedia uno de sus rayos, entreví una figura blanca inclinada hácia mí, y ocupada en desatar mis ligaduras silenciosamente. Iba á gritar, quando selló mis labios una mano que al instante reconocí. Quedaba solo una cuerda, pero parecia imposible romperla sin tocar á un soldado, que la cubria enteramente con su cuerpo. La toma Atala: medio se despierta el soldado, y se incorpora; ella queda inmóvil, y lo mira. El indio la tiene por el Espíritu de las ruinas, se recuesta otra vez, y cerrando los ojos invoca á su Manitú. Rota la cuerda, me levanto, y sigo á mi libertadora; pero ¿quantos riesgos nos cercan? ya estamos para tropezar con los salvages dormidos, ya un guarda nos pregunta, y Atala responde desfigurando la

voz: los niños gritan, y los perros ladran por donde pasamos. No bien hemos salido del recinto fatal, quando los alaridos hacen estremecer el bosque: el campo se despierta; se encienden fuegos; por todas partes se ven correr salvages con hachas encendidas; y nosotros aceleramos la huida.

Al rayar la aurora en el oriente, estábamos ya distantes en el desierto. ¡Grande espíritu! ¡vos sabeis qual fue mi dicha, quando otra vez me encontré en la soledad con Atala, con mi libertadora Atala, que se hacia mia para siempre! Las palabras faltáron á mi lengua, y arrodillado ante la hija de Simaghan, la dixe: »Los hombres »son cosa muy pequeña; pero quando »los Genios los visitan, entónces nada »son: vos sois un Genio, me habeis »venido á visitar, y no puedo hablar »en vuestra presencia." Atala extendió hácia mi su mano con una risa melancólica: »Es preciso, me dixo,

»que os siga, puesto que no quereis »huir sin mí. Esta noche he ganado »al agorero con dádivas, y embria»gado á tus verdugos con esencia de »fuego (*), arriesgando mi vida por »ti, ya que habias dado por mí la »tuya. Sí, jóven idólatra, añadió con »un tono terrible, el sacrificio será »recíproco."

Atala me entregó las armas que habia traido consigo, curando en seguida mi herida. Al enxugarla con una hoja de papaya, la humedecia de nuevo con sus lágrimas, y yo la dixe: «Tú derramas un bálsamo sobre »mi herida." «Temo, respondió, no »sea un veneno: él sale de mi co»razon." Rasgó despues un velo de los que cubrian su seno, y formando un cabezal, lo apretó con un lazo de sus cabellos.

Acaso la embriaguez que dura mu-

(*) *Aguardiente.*

cho en los salvages, y es para ellos una especie de enfermedad, les estorbó el seguirnos los primeros dias; y si despues nos buscáron, fue sin duda hácia el occidente, persuadidos de que habríamos baxado hácia el Meschacebé. Pero cabalmente tomamos el camino hácia la estrella inmóvil (*).

No tardamos en conocer quan poco se habia ganado con mi libertad. El desierto desplegaba á nuestra vista soledades sin límites. ¿Qual habia de ser nuestra suerte en aquellas selvas, sin experiencia en la vida de los bosques, descarriados de camino seguro, y vagando á la ventura? Muchas veces mirando á Atala, me acordaba de la antigua historia de Agar (que habia leido en casa de López), quando llegó al desierto de Bersabé, allá en tiempos remotos, en que los hombres vivian tres edades de una encina.

(*) *El norte.*

Atala me hizo un manto de la corteza interior del fresno, porque estaba casi desnudo. Me bordó unas mocasinas (*) de piel de raton de almizcle, con pelo de puerco espin. Yo por mi parte cuidaba de sus adornos: ya le ponia sobre la cabeza una guirnalda de las malvas azules que encontrábamos por el camino, ó en los cementerios indios abandonados; ya le hacia collares de granos roxos de azalea, y despues me sonreia contemplando su maravillosa hermosura.

Quando encontrábamos algun rio, lo pasábamos en una balsa, ó á nado: Atala apoyaba sobre mi espalda una de sus manos, y como dos cisnes viageros atravesábamos las aguas solitarias. Muchas veces buscábamos un asilo contra el excesivo calor debaxo del musgo de los cedros. Casi todos los árboles de la Florida, en especial los

(*) *Calzado de los indios.*

cedros y la encina verde, están cubiertos de una especie de tela blanca, que llega desde sus ramas hasta el suelo. Quando por la noche á la claridad de la luna se distingue una de estas encinas en medio de una sábana, parece que se presenta un fantasma, arrastrando tras sí largos velos. La escena no es ménos pintoresca con la luz del sol, quando asiéndose á esta tela una multitud de mariposas, de moscas resplandecientes, de periquitos verdes y grajos azulados, presenta con ellos el mismo efecto, que un tapiz de lana blanca, en que el artista europeo hubiese bordado insectos y páxaros de colores sobresalientes.

Baxo de estas maravillosas posadas, dispuestas por el grande Espíritu en medio de la soledad, descansábamos á mediodía, miéntras los vientos baxaban del cielo á mecer este gran cedro. Quando el castillo flotante edificado en sus ramas se movia con los

páxaros y viageros dormidos, saliendo mil suspiros de los corredores y bóvedas de la movible fábrica; no podian compararse con este monumento del desierto las siete maravillas del antiguo mundo.

Por las noches encendíamos una grande hoguera, y formábamos nuestra choza de viage con una corteza, levantada sobre quatro estacas. Si habia yo muerto un pavo ó paloma torcaz, ó un faysan del bosque, lo colgábamos delante del fuego en la punta de una vara clavada en el suelo; y dexábamos al viento el cuidado de dar vuelta á la presa del cazador. Comíamos ovas, llamadas *intestinos de roca*, cortezas azucaradas de álamo blanco, y manzanas de mai, que saben á melocoton y á frambuesa mezclados. El nogal negro, el zumaque y el arce, proveian de vino nuestra mesa solitaria. Algunas veces iba á buscar entre las cañas una planta, cuya flor

prolongada á manera de trompeta, contenia un vaso del mas puro rocío. Bendecíamos á la Providencia, que sobre el vástago de una flor habia colocado fuente tan pura, en medio de las lagunas corrompidas; así como ha puesto la esperanza en medio de los corazones ulcerados por la tristeza, y ha hecho brotar la virtud del seno de las miserias de la vida.

No tardé en descubrir que me engañaba la aparente tranquilidad de Atala. Su melancolía iba creciendo, á medida que nos internábamos en el desierto. Freqüentemente se sobresaltaba sin motivo, volviendo precipitadamente la cabeza. Si la sorprendia fixando sobre mí una mirada llena de pasion, al instante la clavaba en el cielo con una profunda tristeza. Lo que mas me desalentaba era una especie de secreto ó idea, que ocultaba en el fondo de su alma, y que se traslucia en sus ojos. Siempre atra-

yéndome y alejándome; animando y destruyendo mis esperanzas; quando creia haber adelantado algo en su corazon, me encontraba en el mismo estado. ¡Quantas veces me dixo: » Chác-
»tas mio, te amo como á la sombra de
»los montes en medio del dia! Eres
»hermoso como el desierto con todas
»sus flores y vientecillos. Si me recues-
»to sobre ti, tiemblo; si mi mano
»toca la tuya, me parece que voy á
»morir. El otro dia quando descansa-
»bas recostado en mi seno, impelió
»el viento tus cabellos hácia mi ros-
»tro; y me figuré que sentia el lige-
»ro tacto de los espíritus invisibles.
»He visto las cabras de la montaña
»de Ocon, he oido los discursos de
»los hombres experimentados en la
»vida; pero la dulzura de los ca-
»britillos, y la sabiduría de los an-
»cianos son ménos agradables, mé-
»nos enérgicos que tus palabras. Con
»todo esto, pobre Cháctas, yo no

»seré jamas tu esposa."

Las perpétuas contradicciones del amor y religion de Atala, los extremos de su ternura y la pureza de sus costumbres, la entereza de su carácter y su profunda sensibilidad, la elevacion de su alma en las cosas grandes y su nimiedad en las pequeñas, todo la hacia para mí un ser incomprensible. Atala no podia cobrar sobre un hombre un ascendiente débil; llena de pasiones, estaba llena de influencia: era preciso, ó adorarla, ó aborrecerla.

Despues de quince noches de una marcha precipitada, entramos en la cordillera de los montes Aligánis, y tocamos uno de los brazos del Tenaso, que se precipita en el Ohío. Ayudado de los consejos de Atala fabriqué una canoa: la calafateé con goma de árboles, despues de haber recosido las cortezas con raices de abeto; en seguida me embarqué con Atala, y nos

abandonamos á la corriente del rio.

Á nuestra izquierda se dexaba ver á la vuelta de un promontorio la poblacion de Stico, con sus tumbas piramidales y chozas arruinadas: á la derecha dexamos el valle de Keow, que termina por la perspectiva de las cabañas de Jore, suspendidas en la cima de la montaña de su nombre. El rio en que navegábamos, corria entre altos peñascos, y al cabo de ellos se divisaba el sol que iba á ponerse. La presencia del hombre no habia inquietado estas profundas soledades, y á nadie vimos sino á un indio cazador, que apoyado sobre su arco, é inmóvil en la punta de una roca, parecia una estatua erigida en la montaña al Genio de los desiertos.

Atala y yo juntamos nuestro silencio á esta escena del mundo primitivo, quando de repente la hija del desierto, hizo resonar en los ayres una voz llena de emocion y de me-

lancolía, que cantaba á la patria ausente.

¡ *Dichosos los que no han visto el humo de las fiestas del extrangero, y no se han sentado sino en los festines de sus padres!*

Si el grajo azul del Meschacebé dixese á la nomparella de las Floridas: ¿por que te quejas tan tristemente? ¿no disfrutas aquí de hermosas aguas, de bellas sombras, y toda suerte de alimentos? Sí: responderia la nomparella fugitiva, pero mi nido está en el jazmin: ¿quien me lo traerá? y ¿tú tienes el sol de mi sábana? — ¡Dichosos los que no han visto el humo de las fiestas del extrangero, y no se han sentado sino en los festines de sus padres!—

Despues de algunas horas de penoso caminar, el viagero se sienta; tristemente contempla al rededor de sí las casas de los hombres, y ¡él no tiene donde reclinar su cabeza! Llama á algunas cabañas, dexa su arco detras de la puerta, y pide hospitalidad: el dueño le hace una señal con la mano: el viagero toma otra vez su arco, y se vuelve al desierto. — ¡Dichosos los que no han visto el humo de las fiestas del extrangero, y no se han sentado sino en los festines de sus padres!

Historias maravillosas referidas en torno del hogar, tiernos desahogos del corazon, eternas inclinaciones de amar tan necesarias á la vida, ¡vosotras habeis colmado los dias de los que no dexáron su pais nativo! ¡Sus sepulcros están en su patria con el sol que se pone, con el llanto de sus amigos y con los encantos de la religion! — ¡Dichosos los que no han visto el humo de las fiestas del extrangero, y no se han sentado sino en los festines de sus padres!

Así cantaba Atala: nada interrumpia sus quejas, sino el movi-

miento imperceptible de nuestra canoa en las aguas. Solo en dos ó tres parages fuéron recogidas por un débil eco, que las envió á otro segundo mas débil, y este á otro tercero mas débil todavía. Parecia que las almas de dos amantes, en otro tiempo desafortunados como nosotros, atraidas por esta melodía interesante, se entretenian en repetir sus últimos acentos en la montaña.

Entre tanto la soledad, la presencia contínua del objeto amado, nuestras desgracias mismas redoblan á cada momento nuestro amor. Las fuerzas de Atala comenzaban á desfallecer, y las pasiones iban á triunfar de sus virtudes cristianas, debilitando su cuerpo. Continuamente imploraba á su madre, cuya sombra irritada parecia querer aplacar. Alguna vez me preguntaba, si oia una voz doliente, y si veia salir llamas de la tierra. Yo por mi parte consumido de

fatigas, ardiendo en deseos, y pensando que acaso estaba perdido sin recurso en estos bosques, estuve mil veces tentado de estrechar á mi esposa entre mis brazos. Cien veces la propuse que edificásemos una choza en estos desiertos para habitarla juntos; pero siempre encontraba resistencia. »Piensa, me decia, amigo mio, que »un soldado se debe todo á su pa»tria. ¿Que es una débil muger res»peto de las obligaciones que tú de»bes llenar? Cobra esfuerzo, hijo de »Utalissi, no murmures contra tu »destino: el corazon del hombre es »como la esponja del rio, que ya bebe »agua cristalina en tiempo de sere»nidad, ya se empapa de agua ce»nagosa, quando la lluvia ha entur»biado las ondas. La esponja ¿tiene »por ventura el derecho de decir, »creia que jamas hubiese habido tem»pestades, y que el sol no seria »ardiente?"

¡Ó René, si temes las turbaciones del corazon, no te fies del retiro de las selvas; las grandes pasiones son solitarias, y transportarlas al desierto, no es mas que restituirlas á su imperio. Oprimidos de cuidados y temores, expuestos á caer en las manos de indios enemigos, á ser sumergidos en las aguas, mordidos por las serpientes, devorados por las fieras, encontrando difícilmente un escaso alimento, y no sabiendo adonde dirigir los pasos, nuestros males parecian no poder aumentarse, quando un accidente los llevó á su colmo.

Veinte y siete veces habia salido el sol desde nuestra partida de las cabañas: la *luna de fuego* (*) habia comenzado su curso, y todo anunciaba una tempestad. Hácia la hora en que las matronas de la India cuelgan el cayado de labor en las ramas de

(*) *El mes de julio.*

una sabina, y los papagayos se retiran al hueco de los cipreses para disfrutar la frescura en medio del dia, empezó á obscurecerse el cielo. Cesáron todas las voces de la soledad, el desierto quedó en silencio, y en toda la selva reynó una calma universal. El estrépito de un trueno, al resonar en bosques tan antiguos como el mundo, produxo un ruido extraordinario. Temiendo ser sumergidos en el rio, nos aceleramos en llegar á la orilla y retirarnos al bosque.

El terreno era pantanoso: habíamos pasado con gran trabajo por debaxo de una bóveda de zarzaparrilla, y entre vides, añil, frisoles y liana terrestre, que trababan, como redes, nuestros pies. El suelo humedecido murmuraba en torno de nosotros, y á cada instante estábamos próxîmos á ser sumergidos en los barrancos. Inumerables insectos y enormes murciélagos nos cegaban: las serpientes de

cascabel hacian ruido por todas partes, y los lobos, los osos, los carribús, los carcajos y los tigres, que corrian á ocultarse en estas guaridas, las estremecian con sus rugidos.

Entre tanto crece la obscuridad: las nubes baxan hasta confundirse con la sombra de los bosques. De repente se rasga una de ellas, y el relámpago describe mil ángulos de fuego. Un viento impetuoso, que sopla por poniente, confunde en un vasto cáos todas las nubes. El cielo se rasga sin cesar; por entre las aberturas se descubren nuevos cielos y campos encendidos, y la masa entera de los bosques parece duplicarse. ¡Que horroroso y magnífico espectáculo! El rayo abrasa los árboles por diversas partes: el incendio se extiende como una cabellera de llamas: rodean las nubes colunas de centellas y de humo, que despiden sus rayos en la vasta hoguera. Las detonaciones de la tempestad y del fuego, el rui-

do de los vientos, el rechinar de los árboles, los gritos de los fantasmas, los ahullidos de las fieras, los clamores de los rios, los silbidos de los truenos, que se apagaban cayendo en las ondas: todo este estruendo repetido por los ecos del cielo y de las montañas, ensordecia el desierto.

¡Grande Espíritu, tú lo sabes! En este momento no vi mas que á Atala, ni pensé mas que en ella. Formándola una muralla con mi cuerpo al pie del álamo donde nos habíamos sentado, conseguí libertarla por algun tiempo de los torrentes de agua, que caian sobre nosotros por las inclinadas hojas de los árboles. Sentado en la misma agua contra el tronco del árbol, sosteniendo á mi amada sobre las rodillas, y abrigando sus hermosos y desnudos pies con mis manos amorosas; era mas afortunado, que una esposa que siente por la primera vez el fruto de sus entrañas.

Estábamos muy atentos al estrépito de la tempestad, quando de improviso siento caer sobre mi pecho una lágrima de Atala. «¡Tempestad »del corazon! exclamé, ¿es esta una »gota de tu lluvia?" Y abrazando despues estrechamente á mi querida, la dixe: «Atala, tú me ocultas al»guna cosa: ¡ábreme tu corazon, her»mosa mia! Sirve de tanto alivio el »que un amigo vea en nuestra alma. »Cuéntame ese secreto de dolor, que »te obstinas en callar. ¡Ah! ya le veo, »llorarás á tu patria." Ella replicó al momento: »Hijo de los hombres, ¿co»mo lloraria mi patria, si mi padre »no nació en el pais de las palmas?" »Como, dixe con una profunda admi»racion: ¡vuestros padres no eran del »pais de las palmas! ¿Quien es el que »os ha dexado en esta tierra de lá»grimas? Responded." Atala lo hizo de esta manera.

»Ántes que mi madre se casase

»con el guerrero Simaghan, lleván»dole en dote treinta yeguas, vein»te búfalos, cien medidas de aceyte »de bellotas, cincuenta pieles de cas»tores, y otras muchas riquezas, ha»bia ya conocido á un hombre de car»ne blanca: la madre de mi madre »la arrojó agua en el rostro, y la »precisó á casarse con el magnánimo »Simaghan, en todo semejante á un »rey, y reverenciado de los pueblos »como un Genio. Pero mi madre dixo »á su nuevo esposo: *mi seno ha con»cebido ya; quítame la vida.* Simag»han le respondió: *¡Guárdeme el »grande Espíritu de tan perversa ac»cion! No te mutilaré, ni cortaré las »narices y orejas, porque has sido »sincera, y no has hecho traicion á »mi tálamo. El fruto de tus entrañas »será mio; y no te visitaré sino des»pues que marche el páxaro del arro»zal, quando haya brillado la déci»ma tercera luna.* En este tiempo rom-

»pí el seno de mi madre, y comenzé »á crecer altiva como una española y »como una india. Mi madre me hizo »cristiana, como lo eran ella y »mi padre. En seguida el sobresalto del »amor vino á buscarla, y baxó al »pequeño subterráneo adornado de pie»les, de donde no se sale jamas."

Tal fué la historia de Atala. „Y „¿quien era tu padre, pobre huérfana „del desierto, la dixe? ¿Como le lla„maban los hombres, y que nombre „tenia entre los Genios?" „Jamas he „lavado los pies de mi padre, res„pondió Atala, solo sé que vivia con „una hermana suya en san Agustin, y „que siempre ha sido fiel á mi ma„dre. Su nombre entre los ángeles era „Felipe, y los hombres le llamaban „López."

Al oir estas palabras, di un grito que resonó en toda la soledad, mezclándose al ruido de los truenos el estrépito de enagenamiento: y es-

trechando á Atala contra mi corazon, como si la quisiera ahogar, exclamé con sollozos interrumpidos: „¡O her„mana mia! o ¡hija de López! ¡hija de „mi bienhechor!" Asombrada Atala, me preguntó la causa de mi turbacion; pero quando supo que López era el generoso húesped, que me habia adoptado en san Agustin, y á quien habia dexado por ser libre, quedó sobrecogida de confusion y de alegría.

Para nuestros corazones era irresistible esta amistad fraternal, que venia á visitarnos, y á mezclar su amor con el nuestro. Todos los combates de Atala eran inútiles: en vano se defendia con movimientos extraordinarios; yo estaba enagenado con su aliento, y habia ya gustado en sus labios todas las delicias del amor. ¡Pompa nupcial, digna de nuestras desgracias y de la grandeza de nuestros amores salvages! ¡Soberbios bosques, que mo-

veis vuestras lianas y vuestras copas, como las cortinas y el cielo de nuestro lecho! ¡pinos abrasados, que formais las teas de nuestro deseado himeneo! ¡rio fuera de madre, montañas bramadoras, sublime y espantosa naturaleza! ¡vosotros no erais mas que un vano aparato dispuesto para engañarnos, y no pudisteis ocultar un solo momento en vuestros misteriosos horrores la felicidad de un hombre!

Atala oponia solo una débil resistencia, y yo iba á tocar el momento de mi dicha, quando de repente rompe la espesura de las sombras un impetuoso relámpago seguido del estallido del rayo, que llena todo el bosque de azufre y de luz, y desgaja un árbol á nuestros pies. Huíamos horrorizados, quando con la mayor sorpresa en el silencio que sucedió á este destrozo, oimos el sonido de una campanilla. Suspensos, fixamos la atencion en este ruido tan extraño en el

desierto: al mismo tiempo ladra un perro á lo léjos, se acerca, redobla sus chillidos, llega, y ahulla de gozo á nuestros pies. Un anciano solitario que lleva en su mano una pequeña linterna, le sigue desterrando las tinieblas del bosque. »*Bendita sea la* »*Providencia*, exclamó en el momento »de vernos. *Ya hace mucho tiempo que* »*os voy buscando.* Ordinariamente to»camos la campanilla de la mision »durante la noche y en las tempesta»des, para llamar á los viageros: y »siguiendo el exemplo de nuestros her»manos de los Alpes y el Líbano, he»mos enseñado á nuestro perro á des»cubrir los extrangeros extraviados en »estas soledades. Os sintió desde el »principio de la tempestad, y me ha »conducido aquí. ¡Buen Dios, quan »jóvenes son! ¡Pobrecitos, quanto han »debido sufrir en este desierto! va»mos: he traido una piel de oso que »servirá para esta jóven; aquí hay

»tambien un poco de vino en la ca-
»labaza. ¡Sea Dios loado en todas sus
»obras! ¡su misericordia es grande, y
»su bondad infinita!"

Atala se habia arrojado á los pies del Religioso: „gefe de la oracion, „le dixo, yo soy cristiana: el cielo „te envia aquí para salvarme." Yo por mi parte apénas comprendia al ermitaño: esta caridad me parecia tan superior al hombre, que creia estar soñando. Á la luz de la linterna, entreveia su barba y cabellos empapados de agua: sus pies, sus manos y su rostro estaban ensangrentados por las espinas. „¿Venerable an-„ciano, exclamé, que corazon tienes, „que no has temido que te hiriese „el rayo?" „¿Temer, replicó el pa-„dre con energía; temer, quando „hay hombres que están en riesgo, „y puedo serles útil? ¿entónces seria „indigno siervo de Jesucristo?" ¿Pe-„ro sabes, le dixe, que no soy

„cristiano?" „¿Jóven, respondió el „ermitaño, por ventura te he pre-„guntado tu religion? ¿Acaso, dixo „Jesucristo, mi sangre lavará á este, „y no á aquel? Él murió por el ju-„dío, y por el gentil; y en todos „los hombres no reconoce mas que »hermanos y desgraciados. Lo que he »hecho por vosotros es muy poco, y »en otra parte hubieseis podido en-»contrar mayores socorros: mas la glo-»ria no debe atribuirse á los sacerdo-»tes. Nosotros, débiles solitarios, ¿que »somos sino groseros instrumentos de »una obra celestial? y sin embargo, »¿que soldado sería tan cobarde que »volviese atras, quando su gefe con »la cruz en la mano, y la cabeza »coronada de espinas, camina delante »de él para salvar á los hombres?"

Estas palabras sobrecogiéron mi corazon, y mis ojos derramáron lágrimas de admiracion y de ternura. »Queridos neófitos, dixo el misionero,

»yo dirijo en los bosques un corto »número de vuestros hermanos salva»ges. Mi gruta está en la montaña »bastante cerca de aquí: venid á ca»lentaros: allí no encontraréis como»didades, sino solo un abrigo; y sin »embargo es preciso dar gracias á la »bondad divina, porque hay muchos »hombres que no lo tienen."

LOS LABRADORES.

Hay hombres justos, cuya conciencia está tan tranquila, que nadie puede tratar con ellos, sin participar de la paz que exhalan, por decirlo así, de su corazon y de su espíritu. Con los discursos del solitario, sentia yo que las pasiones calmaban en mi pecho; y aun parecia que á su voz se iba alejando en el cielo la misma tempestad. Las nubes no tardáron en dispersarse, de modo que pudiésemos de-

xar aquel retiro; y saliendo del bosque, comenzamos á subir la espalda de una alta montaña. El perro caminaba delante, con la linterna apagada á la punta de un baston: yo llevaba á Atala de la mano, siguiendo al misionero, que de quando en quando se volvia para mirarnos, contemplando compasivo nuestras desgracias y nuestra juventud. De su cuello pendia un libro, y en su mano derecha llevaba un baston blanco: su talle era alto; su figura pálida y descarnada; su fisonomía franca y sincera. No tenia las facciones amortiguadas de un hombre nacido sin pasiones: se notaba que sus dias habian sido desventurados; y las arrugas de su frente manifestaban las cicatrices de las pasiones sufocadas por la virtud, y por el amor de Dios y de los hombres. Quando nos hablaba en pie é inmóvil, sus ojos baxos y modestos, su nariz aguileña, su barba larga y su voz afable tenian

una cierta sublimidad en su reposo, y parecia que aspiraban á la tumba por su direccion natural hácia el suelo. Qualquiera que como yo ha visto al P. Aubry caminando por el desierto solo con su breviario, tiene una verdadera idea del viagero cristiano sobre la tierra.

Despues de media hora de peligrosa marcha por las sendas de las montañas, llegamos á la gruta del misionero. Entramos por medio de las yedras y otras malezas, que la lluvia habia arrancado de los peñascos. En este albergue no habia mas que una estera de hojas de papaya, una calabaza para sacar agua, algunas vasijas de madera, una pala de hierro, una culebra doméstica, y sobre una piedra que servia de mesa, un crucifixo y el libro de los cristianos.

El anciano se apresuró á encender fuego con lianas secas: machacó maiz entre dos piedras, y haciendo una

torta la puso á cocer debaxo de la ceniza. Quando la torta tomó en el fuego un hermoso color de oro, nos la sirvió con crema de nueces en un vaso de arce.

La noche se serenó, y el siervo del grande Espíritu nos propuso el ir á sentarnos en una piedra á la entrada de la gruta. Seguímosle á este sitio, que dominaba una hermosa vista sobre el desierto. Los restos de la tempestad habian sido arrojados hácia el oriente: el fuego que encendió el rayo en el bosque, resplandecia aun á lo léjos: al pie de la montaña se veia caido en el lodo un bosque entero de pinos: los rios arrastraban confundidos los troncos de los robles, los cuerpos de los animales y los pescados muertos, cuyo plateado vientre nadaba sobre la superficie de las aguas.

En medio de esta magestuosa escena Atala contó nuestra historia al

anciano Genio de la montaña. Su corazon cristiano se mostró conmovido, y sus lágrimas cayéron sobre su barba. »Hija mia, dixo á Atala, es preciso »ofrecer nuestros trabajos al Dios por »cuya gloria habeis hecho tanto; él »os volverá el reposo. Veis humear »esos bosques, enxugarse los torrentes, »disiparse las nubes, y ¿ creeis que »el que aplaca una tormenta como esa, »no podrá apaciguar las turbaciones »del corazon del hombre? Si no teneis, »mis queridos hijos, otro albergue me»jor, yo os ofrezco una cabaña entre »el rebaño, que felizmente guio há»cia Jesucristo. Yo instruiré á Chác»tas, y te lo daré por esposo, quan»do sea digno de serlo."

Á estas palabras me arrojé á los pies del solitario derramando lágrimas de alegría; pero en el rostro de Atala se pintó la palidez de la muerte. El anciano me levantó con benignidad, y yo reparé que tenia ambas

manos mutiladas. Atala comprendió al instante sus desgracias, y exclamó: »¡ Los bárbaros, los bárbaros han sido!"

»Hija mia, dixo el padre con una »dulce sonrisa, ¿ que es esto en com»paracion de lo que sufrió mi divi»no maestro? Si los indios idólatras »me han maltratado, es por que son »unos pobres ciegos, á quienes el Señor »iluminará algun dia. Yo los amo »aun mas, á proporcion de los males »que me han hecho. No he podido »quedarme en mi patria adonde habia »vuelto, y donde una ilustre reyna »me honró contemplando estas ligeras »señales de mi apostolado. Y ¿ que re»compensa mas gloriosa puedo recibir »de mis fatigas, que haber obtenido »del gefe de nuestra religion el per»miso para celebrar el divino sacrifi»cio con las manos mutiladas? Des»pues de este favor nada me faltaba, »sino hacerme digno de él; y así he »vuelto á estos desiertos á emplear el

»presto de mi vida en el servicio de »Dios. Pronto se cumplirán treinta »años que habito esta soledad, y ma»ñana hará veinte y dos que me es»tablecí en este peñasco. Quando lle»gué á estos lugares no encontré sino »familias vagamundas, de costumbres »feroces y vida miserable: les hize »escuchar la palabra de paz, y sus »costumbres se han suavizado por »grados. Actualmente viven en una »pequeña colonia de cristianos de»baxo de esta montaña. Instruyéndo»les en la ciencia de la salvacion, he »procurado enseñarles las primeras ar»tes de la vida; pero sin perfeccio»narlas mucho, y manteniendo á es»tas buenas gentes en aquella senci»llez que forma la felicidad. Temien»do incomodarles con mi presencia, »me he retirado á esta gruta, adon»de vienen á consultarme, y en la que »léjos de los hombres admiro á Dios »en la grandeza de las soledades, y

»me preparo para la muerte que ya me »anuncian mis cansados dias."

El solitario se hincó de rodillas concluido este discurso; nosotros imitamos su exemplo, y comenzó en alta voz una oracion, á que respondió Atala. Rompian aun los cielos hácia el oriente algunos relámpagos silenciosos, y resplandecian sobre las nubes del poniente tres soles unidos. Los raposos dispersados por la tempestad sacaban su negro hocico por el borde de los precipicios, y se oia el ruido de las plantas, que secándose al soplo del viento, levantaban por todas partes sus bástagos inclinados.

Volvimos á entrar en la gruta, donde el ermitaño dispuso para Atala un lecho de musgo. Pintábase en sus ojos y movimientos una suma languidez: miraba al P. Aubry como si quisiera revelarle un secreto; pero parece que la detenia algun motivo, bien fuese mi presencia, bien el ru-

bor, ó la inutilidad de descubrirlo. A la media noche sentí que se levantaba buscando al solitario; pero como este le cedió su lecho, se habia salido á contemplar la belleza de la noche, y á rogar á Dios en el monte. Por la mañana me dixo, que esta solia ser su costumbre aun en el invierno, pues gustaba ver como los árboles mecian sus despojadas copas, como volaban las nubes en los cielos, y resonaban los vientos y torrentes en la soledad. Mi hermana se vió obligada á volver á su lecho, y quedó dormida, miéntras yo, colmado de esperanza, no veia en la debilidad de Atala mas que señales pasageras de cansancio.

Al dia siguiente me despertáron los cantos de los cardenales y páxaros burlones, retirados en las acacías y laureles que rodeaban la gruta. Fuíme á coger una rosa de magnolia, y humedecida aun con las lágrimas

de la mañana, la coloqué sobre la cabeza de la dormida Atala, esperando, segun la creencia de mi pais, que el alma de algun niño muerto al pecho, habria baxado sobre esta flor en una gota de rocío, y que un sueño dichoso la trasladaria al seno de mi amante. En seguida busqué á mi huésped, y le encontré con la túnica recogida y el rosario en la mano, aguardándome sentado sobre el tronco de un pino, caido de vejez: me propuso que le acompañase á la mision, miéntras Atala descansaba: acepté su ofrecimiento, y al instante nos pusimos en camino.

Al baxar de la montaña reparé las encinas, en que los Genios parecian haber dibuxado figuras misteriosas. El ermitaño mismo habia trazado algunas líneas: eran versos de un antiguo poeta llamado Homero, y algunas sentencias de otro poeta mas antiguo llamada Salomon. Se notaba una antigua

y misteriosa armonía entre la sabiduría de los tiempos, los versos gastados con el musgo, el solitario que los habia grabado, y las añosas encinas, que le servian de libros en el centro de un desierto.

Tambien estaban grabadas sobre una caña de la sábana al pie de estos árboles su nombre, su edad, y la época de su mision. Admirándome de la fragilidad del último monumento: „Durará mas que yo, respondió „el Padre, y siempre tendrá un valor „superior al poco bien que he hecho."

Desde allí nos dirigimos á la garganta de un valle, donde vi una obra maravillosa: era un puente natural, como el de la Virginia, de que sin duda has oido hablar. Los hombres, hijo mio, dixo el solitario, en especial los de tu pais, imitan freqüentemente á la naturaleza; pero sus copias son siempre defectuosas: no sucede así quando la naturaleza se

complace en imitar las obras de los hombres. Entónces es quando ella sabe echar puentes desde la eminencia de una montaña hasta la cima de otra; suspende caminos en las nubes; forma rios en vez de canales; levanta montes en lugar de colunas; y abre mares en vez de estanques.

Al pasar por debaxo del único arco de este puente, nos encontramos en medio de otra maravilla, pasando de un encanto á otro: era el cementerio de los indios de la mision, ó *la arboleda de la muerte.* El ermitaño les permitia enterrar los difuntos á su modo, santificando sólo este lugar con una cruz (*): el suelo estaba repartido como el

(*) *Sin duda el P. Aubry habia imitado á los jesuitas de la China, que permitian á los chinos enterrar á sus parientes en los jardines, segun su antigua costumbre.*

campo comun de las mieses, en tantas porciones quantas eran las familias. Cada una formaba para sí una pequeña arboleda, que variaba segun el gusto é inclinacion de quien la plantaba. Por entre los árboles serpenteaba un apacible riachuelo, llamado *el arroyo de la paz*. Este risueño asilo de las almas estaba cerrado por el oriente hasta al puente que acabábamos de pasar: hácia el norte y mediodía le cerraban dos colinas, quedando solo descubierto por el occidente, donde se levantaba un gran bosque de pinos. Los troncos de estos árboles manchados de verde, y semejantes á altas colunas, formaban un magnífico peristilo en este hermoso templo de la muerte. Reynaba allí un ruido magestuoso, semejante á el pausado sonido de un órgano baxo las bóvedas de una Iglesia cristiana: mas penetrando en el fondo del santuario, se oian solo los himnos de

los paxarillos, que celebraban una fiesta eterna á la memoria de los muertos.

Al salir de este bosque, descubrimos el lugar de la mision, situado á la orilla de un lago, en medio de una sábana sembrada de flores, adonde se llegaba por una calle de magnolias y encinas verdes, plantadas en los lados de uno de los antiguos caminos, que se encuentran en la soledad.

Luego que los indios divisáron en la llanura al venerable pastor, abandonáron sus trabajos, y corriéron hácia él. Unos besaban respetuosamente su túnica; otros sostenian sus trémulos pasos: las madres levantaban en sus brazos los hijos pequeñuelos, para mostrarles al hombre de Jesucristo, cuyos ojos derramaban lágrimas paternales. Sin detener sus pasos, se informaba de quanto ocurria en el pueblo: aconsejaba á aquel; reprendia dulcemente á este: hablaba de

la recoleccion de las cosechas, de la instruccion de los niños, y de las aflicciones que habian de aliviarse, mezclando á Dios en todos sus discursos.

Escoltados de este modo, llegamos hasta el pie de una gran cruz que estaba sobre el camino, y junto á la qual acostumbraba el siervo de Dios celebrar los misterios de su santa religion: „Mis amados neófitos, dixo „volviéndose á la multitud, os han „llegado un hermano y una hermana, „y para mayor colmo de felicidad, „veo que la divina providencia perdo„nó ayer vuertras mieses: dos gran„des motivos para darle gracias. „Ofrezcámosle pues el divino sacrifi„cio, y cada uno ponga de su parte „un profundo recogimiento, una fe „viva, y un corazon humilde."

Al instante el sacerdote se revistió de una túnica blanca, hecha de corteza de morales: sacó los vasos sa-

grados de un tabernáculo, colocado al pie de la cruz; preparó el altar sobre un quadrado de piedra, traxéron agua de un torrente inmediato, y exprimiéron un racimo de uva silvestre para el vino del sacrificio. Hincados de rodillas entre la yerba, comenzó el misterio en medio del desierto.

La aurora que asomaba por detras de los montes, inflamaba el extendido oriente: todo parecia de oro ó de rosa en la soledad. El astro anunciado por tanto resplandor, salió en fin de un abismo de luz; y su primer rayo hirió la hostia consagrada, que el sacerdote alzaba en aquel momento. ¡Ó encanto de la religion! ¡ó magnificencia del culto cristiano! ¡Por sacrificador un venerable ermitaño, un peñasco por altar, por templo el desierto, y por asistentes sencillos salvages! Sin duda se obró el gran misterio en el instante que nosotros caimos inclinando el rostro hácia el

suelo, y Dios baxó sobre todos los bosques, así como yo le sentí descender á mi corazon.

Concluido el sacrificio, en que para mí nada faltaba sino la hija de López, nos dirigimos al pueblo, donde de nuevo admiré los milagros de la religion. Reynaba allí la mezcla mas interesante de la vida social, y la vida de la naturaleza. Al cabo de una calle de cipreses del antiguo desierto, se descubrian terrenos recien cultivados: las espigas se movian ondeando sobre el tronco de una encina caida, y las mieses de un verano reemplazaban al árbol de diez siglos. Por todas partes se veian bosques, que entregados á las llamas despedian densas nubes de humo, y el arado corria lentamente entre los despojos de sus raices. Los agrimensores iban midiendo el desierto con largos cordeles, y los árbitros establecian las primeras propiedades. El páxaro abandonaba su

nido, y el albergue de la fiera se trocaba en una cabaña. Oíanse retumbar las fraguas, y los golpes de la segur hacian resonar por la última vez los ecos, próxîmos á espirar con los árboles que les servian de asilo.

Yo contemplaba arrebatado estos quadros, que se me hacian mas dulces por el recuerdo de Atala, y por los sueños de felicidad en que se mecia mi corazon. Admiraba el triunfo del cristianismo sobre la vida salvage; veia al hombre civilizándose á la voz de la religion, y asistia á las bodas primitivas del hombre y de la tierra. El hombre por este gran contrato la cedia la herencia de sus sudores, y la tierra se obligaba en cambio á producir fielmente las mieses, á alimentar sus hijos, y á abrigar sus cenizas.

En esto traxéron un niño, que el misionero bautizó entre los floridos jazmines, á la orilla de una fuente,

miéntras que por medio de los juegos y del trabajo se dirigia un atahud á las árboledas de la muerte. Dos esposos recibiéron la bendicion nupcial debaxo de una encina, y en seguida fuimos á establecerlos en un extremo de la soledad. El pastor iba delante de nosotros bendiciendo acá y allá, la roca, el árbol, la fuente, así como en otro tiempo bendixo Dios la tierra inculta, dándola en herencia á Adan. Esta pequeña porcion mezclada con sus rebaños, siguiendo de peñasco en peñasco á su pastor venerable, representaba á mi corazon enternecido las antiguas emigraciones de las primeras familias de los hombres, quando Sem se internaba con sus hijos en el mundo desierto, siguiendo al sol que caminaba delante de él.

Quise saber de este santo ermitaño, como gobernaba á sus hijos, y me respondió con gran complacencia:

„No les he dado ley alguna; única-
„mente les enseño á amarse entre sí,
„á rogar á Dios, y á esperar en
„otra vida mas feliz: á esto se redu-
„cen todas las leyes del mundo. En
„medio del lugar se divisa una ca-
„baña mas alta que las demas, la
„qual sirve de capilla en tiempo de
„lluvias. Allí se reunen por mañana
„y tarde para alabar al Señor; y
„quando estoy ausente, un anciano
„dirige la oracion, porque la ancia-
„nidad es como la maternidad, una
„especie de sacerdocio de la natura-
»leza. Salen despues á trabajar en los
»campos; y aunque las propiedades
»están repartidas, con el objeto de
»enseñarles la economía social, las
»cosechas se guardan en graneros co-
»munes, para mantener la caridad
»fraternal. Quatro ancianos distribuyen
»con igualdad el producto del traba-
»jo. Añadid á esto las ceremonias re-
»ligiosas, muchos cánticos, la cruz

»en que he celebrado los misterios, »el olmo baxo del qual predico en »los dias festivos, nuestros sepulcros »próxîmos á los campos de trigo, los »rios donde bautizo á los niños re»ciennacidos, y tendréis alguna idea »de el reyno de Jesucristo."

Las palabras del solitario me arrebatáron, y al instante conocí la superioridad de esta vida estable, moral y ocupada, sobre la vida errante, inútil y ociosa de salvage.

¡Ah! René: no murmuro de la providencia; pero confieso que jamas me acuerdo de esta sociedad evangélica sin sentir una verdadera amargura. ¡Quan feliz hubiera hecho mi vida una cabaña, habitada en estos desiertos en compañía de Atala! todos mis afanes hubieran terminado en esto: allí con una esposa adorada, desconocido de los hombres, y ocultando mi felicidad en el seno de los bosques, hubiera pasado como los rios que ni

aun tienen nombre en el desierto. En lugar de esta paz con que entónces me lisonjeaba, ¡en que turbacion no he pasado mis dias! Continuo juguete de la fortuna, estrellado contra todas las playas, desterrado largo tiempo de mi pais, sin encontrar á mi vuelta mas que una cabaña arruinada, y amigos olvidados en la tumba: tal debia ser el destino de Cháctas.

EL DRAMA.

Mi sueño de felicidad fue muy vivo, pero de corta duracion, pues desperté de él al entrar en la gruta del solitario. Quando llegamos á ella al mediodía, me sorprendió que Atala no saliese á recibirnos. Un repentino horror se apoderó de mí, sentia que se despedazaba mi corazon, y me pareció que los laureles susurra-

ban tristemente en el monte. Al acercarme á la gruta, no me atrevia á llamar á la hija de López, estando mi imaginacion sobresaltada igualmente por la voz, que por el silencio que pudiese suceder á mis gritos. Mas aterrado aun con la obscuridad que reynaba á la entrada del peñasco, dixe al misionero: »Vos, á »quien el cielo acompaña y fortifica, »penetrad en esas sombras, y resti»tuidme á mi querida Atala."

¡Quan flaco es el que está dominado por las pasiones! ¡quan fuerte el que descansa en Dios! Mas esfuerzo habia en el corazon de este religioso agobiado con setenta y dos años, que en toda la juventud de mi pecho. El hombre de paz entró en la gruta, y yo me quedé afuera lleno de terror. Un débil eco como de quien se queja, salió del centro del peñasco, y vino á herir mi oido. Dando una voz, y recogiendo

todas mis fuerzas, me precipité en la obcuridad de la cabaña.... ¡Espíritus de mis padres! ¡vosotros sabeis solamente el espectáculo que hirió mis ojos!

El solitario habia encendido una tea de pino, que su mano trémula sostenia sobre el lecho de Atala. Esta muger hermosa y jóven, medio reclinada sobre el codo, estaba pálida y con el cabello desordenado: en su frente brillaban las gotas de un sudor mortal: sus miradas lánguidas querian manifestarme aun su amor, y su boca procuraba sonreirse. Qual si estuviera herido de un rayo, quedé inmóvil con los ojos fixos, los brazos extendidos, y los labios entreabiertos. Un profundo silencio reynó un momento entre los tres personages de esta escena de dolor, hasta que le rompió el solitario diciendo: »Esto no será tal vez mas que una »fiebre ocasionada por el cansancio, y

»si nos resignamos en la voluntad de »Dios, alcanzarémos su misericordia."

Á estas palabras recobró su curso en mi corazon la sangre detenida, y con la violencia de un salvage pasé repentinamente de la desesperacion al exceso de confianza. Pero Atala no me dexó largo tiempo en ella: moviendo tristemente la cabeza, hizo señal de que nos acercásemos á su lecho.

»Padre mio, dixo con una voz »debilitada, dirigiéndose al religioso: »ya toco el momento de la muer»te. ¡Cháctas! escucha sin desesperar»te el funesto secreto que te ocultaba »por no hacerte mas desventurado, y »por obedecer á mi madre. No me »interrumpas con señales de un dolor, »que precipitaria los cortos instantes »que me restan de vida. Tengo mu»cho que decir; y los latidos de mi »corazon que cada vez van haciéndo»se mas lentos, y un cierto peso »frio que agobia mi pecho, quizá no

»me permitirán decirlo todo con la »brevedad que quisiera."

Despues de algunos momentos de silencio, Atala prosiguió así:

»Mi triste destino ha principiado »casi ántes de que naciese: mi »madre me concibió en la desgracia, »yo oprimia su seno, y me dió á luz »con agudos dolores de sus entrañas, »que hiciéron desesperar de mi vida. »Para salvarla, mi madre hizo un »voto: prometió á la reyna de los »ángeles, que yo la consagraria mi »virginidad, si me libertaba de la »muerte.... ¡Voto fatal que me preci»pita en el sepulcro!"

»Quando perdí á mi madre, en»traba en los diez y seis años: algu»nas horas ántes de morir me llamó »á su lecho. Hija mia, me dixo en »presencia de un misionero, que la »consolaba en sus últimos instantes: »hija mia, tú sabes el voto que he he»cho por ti: ¿querrás frustrar los de-

»seos de tu madre? Atalá mia, te »dexo en un pais qne no es digno »de poseer una cristiana; en medio »de idólatras que persiguen al Dios »de tu padre y el mio; al Dios que »despues de haberte criado, te con»serva por un segundo milagro. Mi »querida hija, acepta el velo de las »vírgenes, renuncia á los cuidados »de la cabaña, y á las funestas pa»siones que han turbado el pecho de »tu madre: ven pues, querida mia: »ven, y jura sobre esta imágen de »la madre del Salvador, en las ma»nos de este santo sacerdote, y de »tu madre moribunda, que no me »harás traicion á la faz de los cie»los. Piensa que me obligué por ti »para salvar tu vida; y que no cum»pliendo mi promesa, no solo serás cas»tigada, sino que sumergirás el al»ma de tu pobre madre en tormen»tos eternos."

»¡O madre mia! ¡por que ha-

»blasteis así! ¡Ó religion, que á un »tiempo haces mis males y mi felici»dad, que me pierdes y me consue»las! Y tú, caro y triste objeto de »una pasion que me abrasa hasta en »los brazos de la misma muerte, tú »ves ahora, ó Cháctas, lo que ha »hecho el rigor de nuestro destino. »Deshecha en llanto, y precipitándo»me en el seno maternal, prometí »quanto quiso exígir de mí. El misio»nero pronunció sobre mí algunas pa»labras terribles, y me puso el es»capulario que traygo siempre conmi»go. Mi madre me amenazó con su »maldicion, si llegaba á romper el »voto; y despues de encargarme un »secreto inviolable con los paganos »perseguidores de mi religion, espiró »teniéndome abrazada."

»Al principio no concebí el ries»go de mi juramento: llena de ardor »como verdadera cristiana, y orgu»llosa con la sangre española que

„corria por mis venas, no vi al re-
„dedor de mí sino hombres indignos
„de mi mano, y me lisonjeé de no
„tener otro esposo que al Dios de
„mi madre.... Pero te vi, jóven y
„hermoso prisionero; me enterneció
„tu suerte; osé hablarte junto á la
„hoguera del desierto.... y entónces
„sentí todo el peso de mis votos."

Al pronunciar Atala estas palabras, apretando con violencia los puños, y mirando al misionero, exclamé con un ayre amenazador. „¿Es esta la reli-
„gion que tanto me habeis pondera-
„do? ¡Perezca el juramento que me
„arrebata á Atala! ¡perezca el Dios
„que se opone á la naturaleza! Hom-
„bre ó sacerdote, ¿que has venido á
„hacer en este desierto?....

„Á salvarte, dixo el anciano con
„una voz terrible: á domar tus pa-
„siones, é impedir, blasfemo, el que
„conjures contra ti la ira de un
„Dios. ¿Que motivo tienes, jóven in-

„considerado, para quejarte de tus
„males, quando apénas has entrado
„en la carrera de la vida? ¿En don-
„de están las señales de lo que has
„sufrido? ¿donde las injusticias que
„has padecido? ¿donde tus virtudes,
„que son las que únicamente podrian
„darte algun derecho para quejarte?
„¿que servicios, que bienes has he-
„cho? ¡Ah, desgraciado! no veo en
„ti mas que pasiones, y ¿te atreves á
„acusar al cielo? Despues que hayas pa-
„sado, como el P. Aubry, treinta años
„de destierro en estas montañas, juz-
„garás con mas detencion de los de-
„signios de la providencia: compren-
„derás entónces que nada sabes, que
„nada eres, y que no hay castigo
„tan riguroso, ni males tan terribles,
„que no merezca sufrir la carne
„corrompida."

El brillo que despedian los ojos del anciano, la barba que le llegaba al pecho, y sus fulminantes pala-

bras le hacian semejante á un Dios. Confundido por su magestuosa gravedad caí á sus pies, y le pedí perdon de mi arrebato. »Hijo mio, me dixo »con un acento tan dulce, que llenó »mi alma de remordimiento: hijo mio, »no te reprendo precisamente por mí. »¡Ah! tienes mucha razon: lo que yo »he hecho en estos bosques, es muy »poco, y Dios no tiene un siervo »mas indigno que yo. Pero al cielo, »al cielo es al que jamas debe acu»sarse. Perdóname, si te he ofendido; ,,pero oygamos á tu hermana: acaso ,,habrá algun remedio; no, no perda,,mos las esperanzas.... Cháctas, es ,,muy divina la religion que ha he,,cho una virtud de la esperanza."

,,Mi amigo, me dixo Atala, tú ,,has sido testigo de mis combates, y ,,sin embargo no has visto sino una ,,muy pequeña parte, porque yo pro,,curaba ocultártelos. Sí: ¡el negro ,,esclavo, que riega con su sudor las

,,ardientes arenas de la Florida, es ,,ménos miserable que lo ha sido ,,Atala! Conjurándote para que huye,,ses, y segura de mi muerte si te ,,apartabas: temiendo huir contigo á ,,los desiertos, y anhelando por la ,,sombra de los bosques, llamando á ,,voces la soledad....¡Ah, si solo se ,,hubiera tratado de abandonar á mis ,,parientes, amigos, patria; si aun ,,(¡cosa terrible!) no hubiese pendi,,do mas que de perder mi alma!.... ,,pero tu sombra, madre mia, tu ,,sombra estaba siempre presente »imputándome sus tormentos. Yo oia ,,tus clamores, veia las llamas del ,,infierno que te consumian: mis ,,noches eran desveladas y llenas de ,,fantasmas, y mis dias penosos y ,,tristes: el rocío de la noche se ,,secaba al caer sobre mi abrasado ,,cútis; entreabria mis labios al vien,,tecillo, y este léjos de refrescarme, ,,se abrasaba con el fuego de mi

„aliento ¡Que dolor verte sin cesar á
„mi lado, léjos de todos los hombres,
„en profundas soledades, y ver en-
„tre los dos un obstáculo insupera-
„ble! Pasar mi vida á tus pies, ser-
„virte como tu esclava, preparar tu
„cena y lecho en un sitio ignorado
„del universo, hubiera sido para mí
„la suprema felicidad: ¡felicidad que
„tocaba, y no podia gozar! ¡Que de-
„signios no he premeditado! ¡que sue-
„ño no ha salido de este triste co-
„razon! Algunas veces fixando sobre
„ti mi vista en medio del desierto,
„llegaba á formar deseos tan insensa-
„tos como culpables. Ya hubiera que-
„rido ser la única criatura que con-
„tigo viviese en la tierra; ya sintien-
„do una divinidad que me detenia
„en mis horribles ímpetus, deseaba
„que esta divinidad se aniquilase,
„con tal que estrechada yo entre tus
„brazos, cayese de abismo en abismo
„con los despojos de Dios y del mun-

„do. En este instante mismo.... ¿lo
„diré? ahora que la eternidad va á
„devorarme, que voy á comparecer
„delante del juez inexôrable; en el
„momento en que por obedecer á mi
„madre, la virginidad arrebata tras
„sí mi vida; por una contradiccion
„terrible abrigo todavía el sentimien-
„to de no haber sido tuya."

„Hija mia, interrumpió el misio-
„nero, el dolor te enagena, el ex-
„ceso de pasion á que te abandonas,
„no es justo; pero es ménos culpable
„á los ojos de Dios, porque supone
„mas bien un extravío del entendi-
„miento, que un vicio del corazon.
„Debias haber refrenado esos ímpetus
„indignos de tu inocencia; pero
„tambien, hija mia, tu fogosa ima-
„ginacion te alarmó demasiado sobre
„tus votos. La religion no exîge un
„sacrificio sobrehumano: sus verda-
„deros sentimientos, sus virtudes
„templadas son muy superiores á los

,,sentimientos exâltados, á las virtu-
,,des violentas de un falso heroismo.
,,Si os hubierais rendido, pobre ove-
,,ja descarriada, el buen pastor os
,,hubiera buscado para volveros al
,,rebaño. Los tesoros de la penitencia
,,están siempre abiertos: para borrar
,,las faltas á los ojos de los hombres,
,,son necesarios torrentes de sangre;
,,una lágrima sola basta para Dios.
,,Tranquilízate pues, hija mia, tu situa-
,,cion necesita de descanso: dirijámo-
,,nos á Dios, que cura todas las lla-
,,gas de sus siervos. Si su voluntad
,,es, segun confío, el libertarte de
,,esta enfermedad, escribiré al obispo
,,de Quebec, en quien residen las
,,facultades necesarias para dispensar
,,tus votos, pues solo son simples, y
,,acabarás tus dias con tu esposo
,,Cháctas."

Á estas palabras del anciano acometió á Atala una convulsion de que no salió, sino para dar muestras de

un dolor espantoso. ,,¡Ah! dixo jun-
,,tando ambas manos con expresion;
,,¡conque habia remedio para mí!
,,¡conque podian dispensarse mis vo-
,,tos!" ,,Sí, hija mia, respondió el
,,Padre, y puede todavía"....,,Ya es
,,tarde, exclamó, es preciso morir en
,,el momento de saber que podia
,,ser dichosa: ¡que no haya conocido
,,ántes á este santo misionero! ¡que
,,dicha disfrutara en este dia contigo,
,,con Cháctas ya cristiano!.... Conso-
,,lada, tranquilizada por este sacerdo-
,,te augusto....en este desierto para
,,siempre.... ¡O, era demasiada feli-
,,cidad!" ,,Sosiégate, la dixe, toman-
,,do una de sus manos, sosiégate,
,,que no tardarémos en disfrutar de
,,tan gran ventura." ,,Jamas, jamas,
,,dixo Atala." ,,¿Como?" la repliqué.
,,Aun no lo sabes todo, añadió;
,,ayer.... durante la tempestad .... tú
,,me estrechabas.... tuya es la culpa....
,,iba á violar mis votos....á sumer-

„gir á mi madre en las llamas del „abismo .... su maldicion iba á caer „sobre mí .... ya ofendia al Dios que „me salvó la vida .... Quando besabas „mis trémulos labios, ¿no sabias.... „no, que tus brazos no estrechaban „sino á la muerte?" „¡Cielos! ex- „clamó el misionero, ¿que has hecho, „querida hija?" „Un crímen, padre mio, „respondió Atala con los ojos desen- „cajados; pero perdiéndome á mí „misma, salvaba á mi madre." „Aca- „ba pues, exclamé lleno de espanto, „acaba." „¡Ay! dixo, previendo mi de- „bilidad, al dexar las cabañas traxe „conmigo".... ¿Que? repliqué con hor- „ror.... „¡Un veneno!"... dixo el padre. „Ya está en mi corazon, exclamó „Atala."

La tea cae de la mano del solitario; yo me desmayo junto á esta jóven desventurada; él nos recoge á los dos en sus brazos paternales, y los tres en la obscuridad, mezclamos

un instante nuestros sollozos sobre este fúnebre lecho.

»Despertemos, despertemos: dixo »luego el esforzado ermitaño, encen- »diendo una luz. Estamos perdien- »do momentos muy preciosos: desafíe- »mos, como intrépidos cristianos, los »asaltos de la adversidad: con una »soga al cuello, y cubierta de ceni- »za la cabeza, postrémonos ante el »Todopoderoso para implorar su cle- »mencia, ó para someternos á sus »decretos: acaso es tiempo todavía. »Hija, debiste avisarme ayer tarde." »¡Ay, padre mio! dixo Atala, os »busqué en la noche anterior; pero »el cielo en castigo de mis faltas os »alejó de mí. Por otra parte hubie- »ra sido inútil todo socorro, porque »los indios mismos tan diestros en »los venenos, no conocen remedio »alguno para el que he tomado. Juz- »ga, ó Cháctas, mi admiracion quan- »do he visto que el efecto no era

»tan pronto como esperaba. El amor »ha redoblado mis fuerzas, y mi »alma no ha podido separarse de ti »tan presto."

No interrumpí entónces la narracion de Atala con suspiros, sino con arrebatos que solo conocen los salvages. Me revolví furioso sobre la tierra, torciendo los brazos y mordiéndome las manos. El sacerdote con una maravillosa ternura corria de el hermano á la hermana, y nos prodigaba mil socorros. Sin embargo de la calma de su corazon y el peso de sus años, sabia hacerse escuchar de nuestra juventud; y su sublime religion le inspiraba acentos mas tiernos y encendidos, que nuestras pasiones mismas. Este sacerdote, que quarenta años habia se sacrificaba diariamente en estas montañas al servicio de Dios y de los hombres, se me figuraba un grande holocausto, que despedia un humo perpetuo ante el

Señor en los lugares elevados.

¡Ay! en vano se esforzó para aplicar algun remedio á los males de Atala. La fatiga, el sobresalto, el veneno, y una pasion mas mortal que todos los venenos juntos, se reunian para arrebatar á la soledad esta flor. Al caer la tarde se manifestáron síntomas malignos: un entorpecimiento general ataba sus miembros, y las extremidades de su cuerpo comenzaban á enfriarse. »Toca mis dedos, »me dixo: ¿no los encuentras hela»dos?" Yo no sabia que responder, y mis cabellos se erizáron de horror. En seguida, añadió: »ayer, querido »mio, solo tu tacto me hacia estre»mecer, y ahora ya no siento tu »mano.... apénas oygo tu voz; los ob»jetos de la gruta desaparecen sucesi»vamente.... ¿son los paxarillos que »cantan? el sol debe ponerse ahora... »¡Cháctas! sus rayos serán hermosos »sobre mi tumba en el desierto."

Conociendo Atala que nos hacian llorar sus palabras, nos dixo: »Perdonadme, buenos amigos: estoy »muy débil; pero acaso voy á fortalecerme.... Sin embargo ¡morir tan »jóven! ¡tan pronto! ¡quando mi corazon estaba tan lleno de vida!.... »Gefe de la oracion, compadécete de »mí: sostenme. ¿Crees que mi madre »esté satisfecha, y que Dios me perdonará?"

»Hija mia, respondió el buen »religioso derramando lágrimas, y enxugándolas con sus trémulas y mutiladas manos. Hija mia, tu educacion y la falta de conocimientos »necesarios te han perdido: ignorabas »que una cristiana no puede disponer »de su vida. Consuélate, querida »hija: Dios te perdonará por la sencillez de tu corazon. Tu madre y el »imprudente misionero que la dirigia, »han sido mas culpables que tú: se »excediéron de sus facultades, arran-

»cándote un voto indiscreto; pero la »paz del Señor sea con ellos. Vosotros »presentais todos tres un terrible »exemplo de los riesgos del entusiasmo, y de la falta de luces en materia de religion. Tranquilízate, hija »mia. El que penetra los corazones »humanos, te juzgará por tu intencion que era pura, y no por tu »culpable proceder."

»Por lo que hace á la vida, si ha ,,llegado el momento de reposar en el ,,Señor; ¡ah, hija mia, quan poco ,,pierdes perdiendo el mundo! A pesar de la soledad en que has vivido, no has dexado de conocer los ,,disgustos: ¿que seria pues, si hubieses experimentado los males de la ,,sociedad; si arribando á las playas ,,de Europa, hubieran penetrado en ,,tu alma los gritos de dolor que se ,,levantan en aquel antiguo pais? El ,,habitante de la cabaña y el del palacio, todos padecen y gimen en

„este mundo: lo mismo se ha visto „llorar á las reynas que á las mu- „geres particulares, y causa espanto „el ver la cantidad de lágrimas que „encierran los ojos de los reyes."

„¿Es por ventura el amor lo que „echas ménos, hija mia? ¿tan digno „es de ser llorado un sueño? ¿cono- „ces tú el corazon del hombre, y „puedes calcular la inconstancia de „sus deseos? mas fácil es reducir á „número las olas que el mar levanta „en una tempestad. Los sacrificios, los „favores, no son lazos eternos: acaso „un dia hubiese sucedido el disgus- „to á la hartura, y contando por na- „da lo pasado, no se hubieran visto „mas que los inconvenientes de una „union pobre y despreciada. Sin duda, „hija mia, los mas felices amores „fuéron los de los dos esposos, que „primero saliéron de la mano del „Criador. Para ellos se habia forma- „do un paraiso, y eran inocentes é

„inmortales. Perfectos en alma y „cuerpo, en todo convenian: Eva „habia sido criada para Adan, y „Adan para Eva. Si á pesar de esto „no pudiéron mantenerse en aquel „estado de felicidad, ¿quien podrá „lograrlo despues de ellos? No te „hablaré de los matrimonios de los „primeros hijos de los hombres, de „aquellos enlaces inefables que se ha- „cian, quando la hermana era espo- „sa del hermano, quando el amor y „la amistad fraterna se confundian en „un mismo pecho, y la pureza de „la una aumentaba las delicias del „otro. Todas estas uniones padeciéron „sus turbaciones, los zelos penetráron „hasta el altar de césped sobre el „qual se inmolaba el cabritillo; se „introduxéron en la tienda de Abra- „han, y aun en los lechos, donde los „patriarcas disfrutaban tanta alegría, „que olvidaban hasta la muerte de „sus madres. ¿Te lisongearias, hija

„mia, de ser en tus lazos mas ino-
„cente y dichosa, que las santas fa-
„milias de que Jesucristo se dignó des-
„cender? Dexo á un lado los cuida-
„dos domésticos, las disputas, las
„mútuas quejas, las inquietudes y to-
„das las penalidades secretas, que ve-
„lan sobre la cabecera del lecho con-
„yugal. La muger se casa llorando, y
„ve renovados sus dolores cada vez
„que es madre. ¡Quantos males en
„sola la pérdida de un reciennacido
„á quien daba su leche, y que es-
„pira sobre su seno! Los montes se
„llenaban de gemidos, y nada podia
„consolar á Raquel, porque sus hijos
„ya no exîstian. Estos sobresaltos
„compañeros de la ternura humana,
„son tan fuertes, que acabamos de
„ver grandes señoras amadas de re-
„yes, abandonar la corte para encer-
„rarse en los claustros, y mortificar
„la carne rebelde, cuyos placeres
„están llenos de dolores."

„Pero acaso me dirás, que á ti no
„te tocan estos últimos exemplos; que
„toda tu ambicion se reducia á vivir
„en una obscura cabaña con el hom-
„bre que habias elegido: que busca-
„bas ménos las dulzuras del himeneo,
„que los encantos de esa locura que
„la juventud llama amor: ilusion, qui-
„mera, vanidad, sueño de una ima-
„ginacion acalorada. ¡Tambien, hija
„mia, he sufrido las tempestades del
„corazon! no siempre ha estado calva
„esta cabeza, ni este pecho tan tran-
„quilo como ahora parece. Creed á
„mi experiencia: si el hombre cons-
„tante en sus afectos pudiese ali-
„mentar un sentimiento incesantemen-
„te renovado, sin duda alguna la so-
„ledad y el amor igualarian al mis-
„mo Dios, pues estos son los dos
„eternos placeres del gran Ser. Pero
„el alma del hombre se cansa, y ja-
„mas ama por mucho tiempo con to-
„do su corazon al mismo objeto. Siem-

„pre hay algunos puntos en que no „se conforman dos corazones, y esto „á la larga basta para hacer la vida „insoportable."

»En fin, querida hija, el grande „error de los hombres en su sueño „de felicidad, es olvidarse de la pen„sion de morir, unida á su naturale„za: es preciso acabar y disolverse. „Qualquiera que hubiese sido tu suer„te, el tiempo trocaria tu hermoso „rostro en esa figura uniforme que da „el sepulcro á la familia de Adan; y „los ojos del mismo Cháctas no po„drian reconocerte entre tus hermanas „de sepulcro. El amor no extiende su „imperio sobre los gusanos del fére„tro. ¡Que digo! ¡que hablo del va„lor de las amistades de la tierra! „¿Quieres, hija mia, conocerlo á „fondo? Si un hombre volviera á la „luz algunos dias despues de su „muerte, dudo que le viesen otra „vez con gusto aquellos mismos que mas

»lágrimas derramáron por su muerte. »¡Con tanta facilidad se forman nue»vos lazos! ¡tan pronto se adquieren »nuevos hábitos! ¡tan natural es al »hombre la inconstancia, y tan poco »importa nuestra vida aun para el »corazon de nuestros amigos!"

»Da gracias, hija mia, á la di»vina bondad, porque tan pronto te »saca de este valle de miserias. Ya »te está preparado en los cielos el »vestido blanco y la resplandeciente »corona de las vírgenes: ya estoy »oyendo á la reyna de los ángeles »que te dice: *Ven, mi digna sierva,* »*ven, paloma mia, ven á sentarte* »*en un trono de candor entre todas* »*las vírgenes que sacrificáron su her*»*mosura y sus dias al servicio de la* »*humanidad, á la educacion de la ju*»*ventud y al exercicio de la peniten*»*cia. Ven, rosa mística, á descan*»*sar en el seno de Jesucristo: ese* »*féretro, que es la cama nupcial que* »*has escogido, nunca será engañado*

»por tu celestial esposo, y jamas ten»drán fin sus abrazos."

Como al postrer rayo del dia caen los vientos, y se esparce la calma por el hermoso cielo, así aplacó el discurso del anciano las pasiones exâltadas en el pecho de mi amante, que no se mostró ocupada sino de mi dolor, y de los medios de hacerme soportable su pérdida. Ya me decia: »mo„riré dichosa, si me prometes enxugar „tus lágrimas." Ya me hablaba de mi madre, de mi patria, y trataba de distraerme del dolor presente, despertando en mí otros recuerdos. Me exhortaba á la paciencia y á la virtud. »No, „no serás siempre desgraciado, me de„cia: si el cielo te prueba ahora, es „solo para hacerte mas compasivo de „los males de los demas. Cháctas, el „corazon es como aquellos árboles, que „no dan su bálsamo para las heridas „de los hombres, hasta que el hierro „ha herido su mismo tronco."

Dicho esto, se volvió hácia el mi-

sionero buscando en él el consuelo que me habia hecho sentir; y alternativamente consoladora y consolada, daba y recibia la palabra de vida sobre el lecho de muerte.

El ermitaño aumentaba su zelo á medida que crecia nuestra desgracia: todos sus miembros se habian reanimado por el ardor de la caridad, y preparando siempre remedios, atizando el fuego, y refrescando el lecho, hacia admirables discursos sobre Dios y la felicidad de los justos. Con la antorcha de la religion en la mano parece que guiaba á Atala á la tumba, para descubrirle maravillas secretas. La humilde gruta estaba llena de la grandeza de esta muerte cristiana, y sin duda los espíritus celestes asistian á una escena, en que la religion luchaba sola contra el amor, la juventud y la muerte.

Triunfaba esta religion divina, manifestándose su victoria en la santa melancolía que sucedió en nuestras almas

á los primeros ímpetus de las pasiones. Hácia la media noche Atala pareció que se animaba, para repetir las oraciones pronunciadas por el religioso junto á su lecho. Poco despues extendió hácia mí su mano, y con una voz que apénas se percibia, me dixo: »¿Te „acuerdas, hijo de Utalissi, de aque„lla primera noche en que me tuviste „por la vírgen de los postreros amo„res? ¡O presagio singular de nues„tro destino!" Detúvose un momento, y prosiguió: »Quando pienso que voy „á dexarte para siempre, mi corazon „hace tales esfuerzos por vivir, que „casi siento en mí el poder de hacer„me inmortal, á fuerza de amarte. „¡Mas cúmplase tu voluntad, Dios mio!" Atala calló durante algunos momentos, añadiendo: »Solo me resta pedirte per„don de los males que te he causado: „mi orgullo y mis caprichos te han „hecho sufrir mucho. Cháctas, un po„co de tierra esparcida sobre mi cuer„po va á poner entre ambos un mun-

„do entero, y á aliviarte para siem„pre de mis infortunios."

»¡Perdonarte! respondí anegado en „lágrimas. ¿No soy yo el que ha cau„sado tus desventuras?" »Amigo mio, „dixo interrumpiéndome, tú me has „hecho dichosísima, y si estuviese en „el principio de mis dias, prefiriera aun „la dicha de amarte algunos instantes „en un destierro infeliz, á toda una „vida de reposo en mi patria."

Aquí desfalleció la voz de Atala; las sombras de la muerte se extendiéron en torno de sus ojos y de sus lábios; sus dedos errantes buscaban algo que tocar, y en voz baxa conversaba con los espíritus invisibles. Haciendo luego un esfuerzo, procuró, pero en vano, sacar del pecho un crucifixo, y me rogó que yo mismo lo desatase, diciendo:

„Quando te hablé la primera vez „junto á la hoguera, viste brillar es„ta cruz en mi pecho al resplandor „del fuego. Esta es la única alhaja „que Atala posee: López, tu padre y

„el mio, se la envió á mi madre quan-
„do nací. Recibe pues esta herencia,
„hermano mio, y consérvala en me-
„moria de mis desventuras: tú recur-
„rirás al Dios de los desgraciados en
„los sobresaltos de la vida, y acaso
„derramarás alguna lágrima por tu
„amante. Cháctas, tengo que hacerte
„la última súplica. Nuestra union no
„podia ser sino corta sobre la tierra;
„pero despues de esta vida hay otra
„mas duradera. ¡Quan terrible fuera
„verme separada de ti para siempre!
„no hago mas que precederte hoy, pa-
„ra aguardarte en el reyno celestial.
„Si me has amado, jóven idólatra,
„haz que te instruyan en la religion
„cristiana, que prepara nuestra eterna
„reunion. Esta religion divina obra á
„tu vista un gran milagro, haciéndo-
„me capaz de dexarte, sin morir en-
„tre las congojas de la desesperacion.
„Sin embargo, Cháctas, solo te pido
„una simple promesa: sé demasiado
„lo que cuesta un juramento, para

„exîgírtelo. Acaso este voto te separa-
„ria de otra mas dichosa que yo....
„pero ¿habrá quien te ame como Ata-
„la?.... ¡Ó madre, perdona á tu hija
„este extravío!.... ¡Ah, yo caygo otra
„vez en mis debilidades, y te robo,
„Dios mio, pensamientos que debe-
„rian ser todos tuyos!"

Traspasado de dolor, y dando tales sollozos, que parecia romperse mi pecho, prometí á Atala abrazar la religion cristiana. A este espectáculo el solitario levantándose con ayre de inspiracion, y extendiendo sus brazos hácia la bóveda de la gruta: »Ya es »tiempo, exclamó, ya es tiempo de »invocar aquí á Dios."

Apénas pronunció estas palabras, quando una fuerza sobrenatural me obligó á postrarme de rodillas, é inclinar mi cabeza á los pies de Atala. El sacerdote abre un lugar secreto, donde se encerraba una urna de oro cubierta con un velo de seda: se arrodilla, y hace una adoracion profun-

da. La gruta de improviso apareció iluminada; oyéronse en los ayres las voces de los ángeles y los sonidos de las harpas celestes; y quando el solitario sacó el vaso sagrado del tabernáculo, creí ver al mismo tiempo al Señor que salia del costado del monte.

El sacerdote abrió el cáliz, tomó con sus dedos una hostia blanca como la nieve, y acercándose á Atala pronunció palabras misteriosas. Ella estaba en éxtasis con los ojos levantados al cielo: sus dolores parece que se habian calmado: todo su espíritu se reunió en su boca, y sus lábios entreabiertos recibiéron al Dios oculto baxo del pan místico. En seguida el santo anciano empapó un poco de algodon en el oleo sagrado, y frotó las sienes de Atala: miró un instante á la moribunda, y de repente prorumpió en estas fuertes palabras: »Sal, »alma cristiana, y ve á unirte con »tu Criador." Levantando entónces mi cabeza inclinada, exclamé mirando el

vaso en que estaba el oleo santo: »Padre mio, este remedio ¿volverá la »vida á Atala?" »Sí, hijo mio, di»xo el anciano cayendo en mis bra»zos, la vida eterna." Atala acababa de espirar. —

Aquí Cháctas hubo de interrumpir segunda vez su narracion. Las lágrimas la inundaban, y su voz no hacia mas que proferir palabras mal pronunciadas. El ciego sachem abrió su pecho, y sacando el crucifixo de Atala, exclamó: »¡He aquí, René, la „prenda de la adversidad! ¡Ó hijo mio! „tú le ves, yo no puedo verle mas. „Dime: ¿no ha padecido alguna alte„racion el oro despues de tantos años? „¿no percibes en él alguna señal de „mis lágrimas? ¿reconoces el sitio en „que imprimió sus labios mi querida? „¿Por que no es ya cristiano Chác„tas? ¿Que frívolas razones de polí„tica y de patria le han mantenido „hasta aquí en los errores de sus pa„dres? No, no quiero retardarlo mas.

„La tierra me está ya clamando: ¿aguar-
„das acaso á descender á la tumba,
„para abrazar una religion divina? ¡Ó
„tierra! no me aguardarás largo tiem-
„po: confío unirme á Atala en el mo-
„mento, que un sacerdote haya reju-
„venecido con el agua esta cabeza enca-
„necida por los sobresaltos.... pero con-
„cluyamos lo que resta de mi historia."

LOS FUNERALES.

No me detendré, ó René, en pintarte ahora la desesperacion que se apoderó de mi alma, quando Atala exhaló el último suspiro. Era preciso tener mas calor del que me queda, y que mis cerrados ojos pudieran abrirse al sol, para pedirle cuenta de las lágrimas que derramáron quando veia su luz. Sí: esa luna que resplandece sobre nuestras cabezas, se cansará de alumbrar las soledades de Kentuky, y el rio que conduce al presente nues-

tras piraguas, suspenderá el curso de sus ondas, ántes que mis lágrimas dexen de correr por Atala. Dos dias enteros me mantuve insensible á los discursos del ermitaño.

Esforzándose para calmar mi dolor, no empleaba las vanas razones terrenas, contentábase con decirme: *Esta es la voluntad de Dios, hijo mio*; y me estrechaba entre sus brazos. Á no haberlo experimentado, jamas hubiera creido que encerrasen tal consuelo estas palabras del cristiano resignado.

La ternura, la uncion é inalterable paciencia del siervo del Todopoderoso venciéron en fin la obstinacion de mi dolor. Avergonzado de las lágrimas que le obligaba á derramar, le dixe: „Padre mio, no turben mas
„la paz de tus dias las pasiones de un
„jóven. Permíteme llevar conmigo los
„restos de mi amante, para sepultar-
„los en qualquier sitio del desierto;
„y si estuviese condenado á vivir, pro-
„curaré hacerme digno de las bodas

„eternas que Atala me ha prometido."

El buen padre lleno de gozo al ver recobrado mi esfuerzo, exclamó: „¡Ó sangre de Jesucristo, sangre de „mi divino maestro! aquí reconozco „tus méritos: tú salvarás á este jó„ven. ¡Ó mi Dios! acaba tu obra, vuel„ve la paz á esta alma atribulada, „y de sus desgracias déxale solo re„cuerdos humildes y saludables."

El varon justo rehusó, que llevase conmigo el cuerpo de mi amante; pero me propuso, que haria venir la mision para enterrar á la hija de López con toda la pompa cristiana; lo que rehusé tambien por mi parte. „Las „desgracias y las virtudes de Atala, „le dixe, han estado desconocidas para „los hombres, y su tumba ocultamente abierta por tu mano y la mia, „debe participar de la misma obscu„ridad." Convenimos que al dia siguiente al rayar la aurora, partiríamos á enterrar á Atala debaxo del arco del puente natural, cerca de las

arboledas de la muerte; y así pasamos la noche orando junto á su cuerpo.

Por la tarde conduximos estos preciosos restos á una abertura de la gruta que miraba hácia el norte. El ermitaño los habia envuelto en una pieza de lienzo de Europa hilado por su madre, única prenda que le quedaba de su antigua patria, y la tenia destinada para su propia tumba. Atala estaba tendida sobre un césped de sensitivas, descubiertos sus pies, cabeza, espalda, y una parte de su seno. En sus cabellos se veia la flor de magnolia deshojada; ¡aquella misma, que mi mano habia puesto sobre el lecho de la vírgen para fecundarla! Parecia que sus labios, como un boton de rosa cogido ya dos auroras, iban á sonreirse en su desfallecimiento. En sus mexillas de una blancura resplandeciente, se veian algunas venas azules; sus hermosos ojos estaban cerrados; sus modestos pies unidos; y las manos de alabastro apre-

taban sobre su corazon un Crucifixo de ébano, teniendo ceñido el escapulario de sus votos. Parece que estaba encantada por el ángel de la melancolía, y el doble sueño de la inocencia y la tumba. Mis ojos no han visto cosa mas celestial; y el que ignorara que esta vestal habia tenido vida, la tendria por la estátua de la virginidad dormida.

El religioso no cesó de orar en toda la noche, y yo estuve sentado con profundo silencio á la cabecera del fúnebre lecho de mi Atala. ¡Quantas veces habian sostenido mis rodillas esta cabeza encantadora durante su sueño! ¡quantas me habia reclinado sobre ella para percibir y respirar su aliento! Pero al presente no salia ruido alguno de este pecho inmóvil, y en vano aguardaba que despertarse esta belleza.

La luna prestó su pálida antorcha á la vigilia fúnebre. En medio de la noche se levantó como una blanca vestal, que viene á llorar sobre el féretro de una compañera. No tardó en extender en los bosques ese gran secreto de melancolía, que con tanto gusto descubre solo á las añosas encinas y á las antiguas playas de los mares. De tiempo en tiempo el religioso bañaba un ramo florido en agua consagrada, y sacudiéndolo despues, perfumaba la noche con aromas celestiales. Otras veces repetia con tono antiquado algunos versos de un poeta llamado Job, y decia:

»Pasé como una flor, y me he secado como la yerba de los campos.

»¿Por que ha sido concedida la luz »al miserable, y la vida á los que padecen amargura de corazon?"

Así cantaba aquel venerable anciano, y su voz grave y cadenciosa se sepultaba en el silencio del desierto. El nombre de Dios y el del sepulcro salian de todos los ecos, de todos los torrentes y de todos los bosques. Mezclábanse á estos fúnebres cantos los

arrullos de las palomas de Virginia, la caida de un torrente de la montaña, y el sonido de la campana que llamaba á los viageros; de modo que en los bosques de la muerte parecia escucharse el lejano coro de los muertos, contestando á la voz del solitario.

Entre tanto se formó en el oriente una faxa de oro. Los gavilanes chillaban desde los peñascos, y las martas entraban en los troncos huecos de los olmos: esta era la señal del entierro de Atala. Cargado el cuerpo sobre mis hombros, y el ermitaño delante con una pala de hierro, principiamos á baxar de peñasco en peñasco: la ancianidad y la muerte hacian igualmente lentos nuestros pasos. Mis lágrimas se desatáron á la vista del perro, que nos descubrió en el bosque, y que nos señalaba otro camino, saltando de gozo. Muchas veces la larga cabellera de Atala, juguete del vientecillo de la mañana, extendia su velo de oro sobre mis ojos: otras fatigado

con la carga, me era preciso dexarla sobre el musgo, y sentarme al lado para recobrar las fuerzas. Al fin llegamos al lugar señalado por mi dolor, y baxamos al arco del puente. ¡Ó hijo mio! era preciso haber visto como un jóven salvage y un anciano sacerdote cristiano cavaban con sus manos un sepulcro para la infeliz muger, cuyo cuerpo estaba tendido allí cerca en el seco cauce de un torrente.

Concluida nuestra obra, conduximos aquella hermosura á su lecho de tierra. ¡Ay hijo mio! quan distinto era el que habia confiado prepararla. Entónces tomando un poco de polvo, y guardando un silencio terrible, fixé por la última vez los ojos en el rostro de Atala, esparciendo en seguida el polvo antiguo sobre su frente de diez y ocho primaveras. Vi desaparecer por grados las facciones de mi amante, y ocultarse sus gracias baxo el velo de la eternidad. Su blanco pecho resaltó algun tiempo sobre la tier-

ra enegrecida, al modo que del centro de una negra arcilla sale una blanca azucena. »¡López, exclamé entón»ces, he aquí á tu hijo que sepulta »á su hermana!" y acabé de cubrir á Atala con la tierra del sueño.

Volvimos á la gruta, donde comuniqué al misionero el proyecto que habia formado de quedarme en su compañía. El santo varon que conocia maravillosamente el corazon del hombre, descubrió mi intencion y el artificio de mi dolor, y me dixo: »Cháctas, hijo de Utalissi, miéntras »Atala ha vivido, deseaba que per»manecieses en estos desiertos; pero »ahora que tu suerte ha cambiado, te »debes todo á tu patria. Créeme, hi»jo mio, el dolor no es eterno: tar»de ó temprano es preciso que aca»be, porque el corazon del hombre »no es infinito, y una de nuestras gran»des miserias es, que no seamos ca»paces de ser largo tiempo desgracia»dos. Vuelve al Meschacebé: ve á

»consolar á tu madre, que te llora »todos los dias, y necesita tu apoyo. »Quando tengas proporcion, hazte ins»truir en la religion de tu querida »Atala, y acuérdate que le has pro»metido ser virtuoso y cristiano. Yo »velaré sobre el sepulcro de tu her»mana: parte, hijo mio: en el desier»to te seguirán Dios, el alma de tu »amante, y la memoria de tu ancia»no amigo de la montaña."

Tales fuéron las palabras del hombre de la gruta: su autoridad era demasiado grande y muy profunda su sabiduría, para no obedecerle. Al dia siguiente dexé á mi huésped, que estrechándome sobre su corazon me dió sus últimos consejos, su última bendicion y sus últimas lágrimas; y despues me dirigí al sepulcro de Atala. Sorprendióme el hallar una cruz pequeña, que se manifestaba sobre la muerte, al modo que se descubre el mástil de un navío que ha padecido naufragio. Juzgué que el solitario ha-

bia ido á orar junto al sepulcro durante la noche, y esta prueba de su amistad y religion me hizo derramar abundantes lágrimas. Estuve tentado de abrir el sepulcro, y ver á mi amante todavía otra vez; mas un temor religioso me detuvo. Sentéme sobre la tierra recien movida, y apoyado un codo en las rodillas, y sostenida en mi mano la cabeza, quedé sepultado en el mas amargo sueño. ¡Ó René! allí fue donde por la primera vez reflexîoné seriamente sobre la vanidad de la vida, y la vanidad aun mayor de nuestros proyectos. ¡Ay hijo mio! ¿quien no ha hecho estas reflexîones? yo no soy mas que un viejo ciervo encanecido por los inviernos: mis años compiten con los de la corneja, y á pesar de tantos dias amontonados sobre mi cabeza, á pesar de tan larga experiencia de la vida, no he encontrado hombre, que no haya sido engañado en sus sueños de felicidad, ni corazon que no tuviese alguna llaga

oculta. El pecho mas sereno en la apariencia se semeja á los pozos naturales de la sábana Alachua, cuya superficie parece tranquila y pura; pero quando miras al fondo del sosegado cauce, reparas el corpulento cocodrilo que alimenta el pozo en las ondas.

Habiendo visto salir y ponerse el sol en este sitio de dolor, al dia siguiente, al primer canto del pelícano, me dispuse á dexar el sepulcro sagrado, y partí como del punto, desde donde queria lanzarme en la carrera de la virtud. Llamé por tres veces al alma de Atala, y otras tantas respondió á mis voces el genio del desierto debaxo del arco fúnebre. En seguida saludé al oriente; y á lo lejos en los senderos del monte descubrí al ermitaño, que se dirigia á la cabaña de algun infelice. Hincándome de rodillas, y abrazando estrechamente el sepulcro, exclamé: „¡Duerme „en paz en extrangero pais, hija de„safortunada! En premio de tu amor,

„de tu destierro y de tu muerte, vas „á ser abandonada hasta del mismo „Cháctas." Con esto me separé de la hija de López, derramando torrentes de lágrimas; y me arranqué de aquellos sitios solitarios, dexando al pie del magestuoso monumento de la naturaleza otro aun mas augusto, el humilde sepulcro de la virtud.

EPÍLOGO.

Cháctas, hijo de Utalissi, el natche, contó esta historia al europeo René. Los padres la han ido trasmitiendo á sus hijos; y yo, viagero en remotos paises, te he referido fielmente, lector mio, lo que los indios me han dicho. En esta narracion he notado muchas cosas: el quadro del pueblo cazador y el del pueblo labrador; la religion, primitiva legisladora del salvage; los riesgos de la ignorancia y del entusiasmo religioso, opuesto á

las luces, á la tolerancia y verdadero espíritu del Evangelio; los combates de las pasiones y de las virtudes en un corazon sencillo; el triunfo en fin del cristianismo sobre el sentimiento mas fogoso y el temor mas terrible, á saber, el amor y la muerte.

Quando me contó esta historia un siminol, me pareció instructiva y en extremo hermosa, porque pintó en ella el dolor, la flor del desierto y las gracias de la cabaña con una sencillez que no me lisonjeo de haber conservado. Solo me restaba averiguar, que habia sido del P. Aubry, y nadie me daba noticia de él. Siempre lo hubiera ignorado, y tú, lector, igualmente, si la providencia que todo lo dispone, no me hubiese descubierto lo que deseaba. He aquí como sucedió.

Habia yo recorrido las riberas del Meschacebé, que forman al mediodía las famosas barreras de la Nueva-Francia, y estaba deseoso de ver hácia el norte la otra maravilla de este im-

perio, la catarata de Niágara. Habia llegado á muy corta distancia de esta cascada, en el antiguo pais de los agononsiónis (*), quando una mañana atravesando la llanura descubrí una muger sentada debaxo de un árbol, con un niño muerto sobre sus rodillas. Enternecido con este espectáculo, me acerqué á la madre, y oí que decia:

»Si te hubieras quedado entre no»sotros, querido hijo, ¡con que gra»cia hubiera tu mano disparado el ar»co! Con brazo nervioso hubieses su»jetado al oso feroz, y vencido en la »carrera al mas ligero danta en la »cumbre de la montaña. Blanco armi»ño de la roca, ¡tan jóven te has ido »al pais de las almas! ¿Como lo has »de hacer para vivir en él? Allí no »está tu padre para alimentarte con la »caza: tendrás frio, y ningun espíritu »te dará pieles con que cubrirte. »¡Ó! es preciso que me apresure á

(*) *Los iroqueses.*

»reunirme contigo, para cantarte can»ciones y presentarte mi pecho."

La madre, concluida esta oracion fúnebre de los desiertos, mecia al hijo en sus rodillas, humedecia sus labios con la leche maternal, y prodigaba á la muerte todos los desvelos que se dedican á la vida.

Esta madre queriendo secar el cuerpo de su hijo sobre las ramas de un árbol, segun la costumbre indiana, para llevarle despues al sepulcro de sus padres, dió principio á la tierna y religiosa ceremonia, desnudando á su hijo, respirando algunos momentos sobre su boca, y diciéndole: »¡Alma »de mi hijo, hermosa alma! tu padre »te crió con un ósculo sobre mis »labios, y los mios no han podido »darte segunda vida." Descubrió despues su seno, y apretó por última vez el helado cuerpecillo, que se hubiera reanimado con el fuego del corazon materno, si Dios no se hubiese reservado el aliento que infunde la vida.

Levantóse, y buscó con la vista en el desierto hermoseado por la aurora un árbol, sobre cuyas ramas pudiese colocar á su hijo. Eligió un arce cubierto de flores encarnadas, y festonado de guirnaldas de apio, que exhalaba la mas suave fragrancia. Con una mano baxó las ramas inferiores, y colocó con la otra el cuerpo del niño. Soltando despues la rama, cobró esta su posicion natural, manteniendo oculto entre las olorosas flores el despojo de la inocencia. ¡Quan tierna es esta costumbre indiana! En sus aereas tumbas, penetrados los cuerpos de las substancias etereas, sepultados entre espesas hojas y flores, refrescados por el rocío, embalsamados por los vientecillos, mecidos por ellos sobre las mismas ramas, en que el ruiseñor ha formado su nido y hecho escuchar su doliente melodía; rodeados en fin de aromas, flores y rosas, pierden toda la fealdad del sepulcro. Si la mano del amante ha suspendido en el árbol

de muerte los despojos de su jóven querida; si una madre ha colocado en la morada de los paxarillos los restos de un hijo, entónces se aumenta el embeleso. ¡Árbol americano, que sosteniendo cuerpos humanos en tus ramas, los separas de la morada de los hombres, acercándolos á la de Dios! yo he quedado extático debaxo de tu sombra. Tu sublime alegoría representa el árbol de la virtud: sus raíces crecen en el polvo de este mundo; su cima se pierde en las estrellas del firmamento; y sus ramas son los únicos escalones, por donde el hombre, viagero en este globo, puede subir desde la tierra al cielo.

Colocado el hijo sobre el árbol, la madre arrancó un rizo de sus cabellos, y lo colgó de las hojas, miéntras que el soplo de la aurora mecia en su último sueño, al que una mano maternal habia dormido tantas veces á la misma hora en una cuna de musgo. Entónces me dirigí hácia la mu-

ger, y puse mis dos manos sobre su cabeza, dando los tres gritos de dolor. En seguida sin proferir una palabra tomó cada uno un ramo, y nos pusimos á ahuyentar los insectos que susurraban al rededor del cuerpo; pero tuvimos gran cuidado de no espantar una paloma, cuyo nido estaba próxîmo, la qual de tiempo en tiempo venia á arrancar al niño un cabello, para hacer mas blando el nido á sus polluelos. La india le decia: »Pa-„lomita, si tú no eres el alma de mi „hijo que va volando, eres sin duda „una madre que busca algo con que „hacer una cuna. Toma esos cabellos, „que ya no lavaré mas en el agua de „la fuente: tómalos para dormir tus „polluelos. ¡El grande Espíritu te los „guarde!"

Entre tanto la madre lloraba de gozo viendo la atencion del extrangero. Al mismo tiempo se acercó un jóven, y la dixo: »Hija de Celuta, re-„coge á nuestro hijo: ya no nos de-

„tendrémos aquí mas tiempo, y par-„tirémos al primer sol." Díxele entónces: »Hermano, yo te deseo un cie-„lo azul, abundancia de cabritillos, „un manto de castor y la esperanza. „¿Eres de este desierto?" „No, me res-„pondió: nosotros vamos desterrados, „y buscamos una patria." Al decir esto el guerrero inclinó sobre su pecho la cabeza, y dobló la de algunas flores con la punta de su arco. Yo callé conociendo que debia ser lastimosa su historia. La muger quitó á su hijo de las ramas del árbol, y lo entregó á su esposo para que lo conduxese. Ambos miraban al niño, y se sonreian; pero su sonrisa estaba mezclada con el llanto. Entónces les dixe: »¿Me permitiréis que esta no-„che encienda vuestra lumbre?" »No-„sotros no tenemos cabañas, replicó „el guerrero: si quereis seguirnos, des-„cansarémos juntos al lado de la ca-„tarata." »Con mucho gusto," le respondí: y partimos.

No tardamos en llegar á la orilla de la catarata, que se anuncia con un terrible estruendo. Está formada por el rio Niágara, que sale del lago Erié, y desagua en el lago Ontarío, siendo su altura perpendicular de 144 pies. Desde el lago Erié hasta el salto, el rio corre declinando por una rápida pendiente; pero quando cae, no parece rio, sino un mar, cuyos torrentes se agolpan en la anchurosa boca de un abismo. La catarata se divide en dos brazos, formando una especie de herradura. Entre las dos cascadas se forma una isla cavada por debaxo, que nada con todos sus árboles sobre la confusion de las ondas. La masa del rio que se precipita al mediodía, se envuelve en un vasto cilindro, y extendiéndose despues en cascada de nieve, brilla al resplandecer del sol con todos los colores. La del levante baxa cubierta de una sombra espantosa, y parece una coluna de agua del diluvio. Sobre el

abismo se forman y cruzan mil iris: las aguas hieren el peñasco estremecido, saltan en torbellinos de espuma, y se levantan por encima de los bosques, como el humo de un vasto incendio. La escena está adornada de pinos, de nogales silvestres y de rocas cortadas en forma de fantasmas. Las águilas, arrebatadas por la corriente del viento, descienden dando vueltas al fondo del abismo, y los carcajos se suspenden con sus largas colas de la punta de una rama baxa, para coger en el abismo los destrozados cadáveres de los dantas y de los osos.

Miéntras contemplaba este espectáculo con un placer mezclado de terror, la india y su esposo me habian dexado. Caminé en su busca, subí por la orilla del rio hácia su vertiente, y los encontré en un sitio análogo á su dolor. Estaban recostados sobre la yerba en compañía de unos ancianos; y junto á ellos se veian

esqueletos humanos envueltos en pieles de fieras. Admirado de quanto se presentaba á mi vista algunas horas hacia, me senté junto á la madre, y la dixe: »¿Que significa esto, hermana mia?" »Hermano mio, respondió: esta es la tierra de la patria, los huesos de nuestros abuelos, »que nos acompañan en nuestro destierro," „¿Como, la dixe, os habeis visto reducidos á tal desgracia?" La hija de Celuta respondió: „Nosotros somos los restos de los „natches. Despues de la grande mortandad que los franceses hiciéron en „nuestra nacion para vengar á sus „hermanos, los que se libertáron de „las manos del vencedor, encontráron „asilo entre los chikasas nuestros vecinos. Allí hemos permanecido tranquilos algun tiempo; pero hace siete „lunas, que los blancos de Virginia se „han apoderado de nuestras tierras, „diciendo, que se las ha dado un rey „de Europa. Levantando los ojos al

„cielo, y cargados con las cenizas „de nuestros abuelos, hemos emprendido la marcha por medio de los „desiertos. Yo he dado á luz en el „camino ese niño; y como mi leche „era mala á causa del dolor, ha „emponzoñado á mi hijo." Al decir esto enxugaba las lágrimas con sus cabellos, y yo la acompañé en el llanto.

„Hermana mia, la dixe luego, „adoremos al grande Espíritu, pues „todo sucede por su voluntad: los „desgraciados no lo serán siempre, „y hay un sitio donde no llorarán „mas. Si no temiese tener la lengua „tan ligera como un blanco, te preguntaria, si habias oido hablar de „Cháctas el natche." Al oirme la „india, me miró, diciendo: „¿Quien „os ha hablado de Cháctas el „natche?" „La sabiduría" respondí. La india añadió: „Os contaré quanto sepa, porque habeis ahuyentado „los insectos del cuerpo de mi hijo,

„y acabais de decir palabras subli-
„mes sobre el grande Espíritu. Yo
„soy la hija de la hija de René el
„europeo, á quien Cháctas habia
„adoptado. Cháctas que recibió el
„bautismo, y René mi abuelo pere-
„ciéron en aquella mortandad." „¡El
„hombre camina siempre de dolor
„en dolor! exclamé haciendo una
„inclinacion. Tambien podrias tener
„noticias del P. Aubry." „No ha si-
„do mas afortunado que Cháctas, di-
„xo la india. Supimos que los che-
„roqueses, enemigos de los franceses,
„habian penetrado hasta su mision,
„guiados por el sonido de la campani-
„lla, que se tocaba para socorrer á
„los viageros. El P. Aubry pudo
„salvarse, pero no quiso abandonar á
„sus hijos en la desgracia, y quedó
„para esforzarlos á morir con su
„exemplo. Fué quemado con grandes
„tormentos; pero jamas pudiéron
„arrancarle una palabra, que se di-
„rigiese contra Dios ó su patria.

„Miéntras duró el suplicio, no dexó
„de rogar por sus verdugos, y de
„compadecer á las víctimas de que
„se veia rodeado. Los cheroqueses,
„ansiosos de arrancar una muestra de
„flaqueza á este guerrero de los exér-
„citos del cielo, lleváron á su pre-
„sencia á un salvage cristiano, que
„habian mutilado de un modo horri-
„ble. Pero se sorprendiéron al ver á
„aquel jóven hincarse de rodillas, y
„besar las heridas del anciano, que
„le decia con semblante sereno: *Hijo*
„*mio, nos han hecho el espectáculo*
„*del mundo, de los ángeles y de*
„*los hombres*. Enfurecidos los indios,
„le metiéron por la garganta un hier-
„ro encendido para impedirle que
„hablase. Entónces, no pudiendo ser-
„vir ya de consuelo á los hombres,
„espiró. Se cuenta que los cheroqueses,
»por mas que estaban ocostumbrados
»á ver sufrir á los salvages con cons-
»tancia, no pudieron ménos de con-
»fesar, que en el humilde esfuerzo

»del P. Aubry reconocian una cosa »que no penetraban, y era superior »á todos los esfuerzos de la tierra. »Conmovidos con muerte tan exem»plar, un gran número abrazó la re»ligion cristiana."

»Algunos años despues, á su »vuelta de la tierra de los blancos, »supo Cháctas las desventuras del ge»fe de la la oracion, y fue á reco»ger sus cenizas y las de Atala. »Atrevesando el desierto, llegó al si»tio donde estaba situada la mision; »pero apénas pudo reconocerlo. El la»go habia salido de madre, y la sá»bana se habia convertido en una »laguna intransitable. El puente na»tural se habia caido envolviendo en »sus ruinas el sepulcro de Atala y »los bosquecillos de la muerte. Chác»tas recorrió aquellos sitios, y visi»tó la gruta del solitario, que en»contró llena de zarzas y frambuesos, »estando solo habitada por una cierva »que daba de mamar á su cervatillo.

»Sentóse en la piedra de la vigilia »de la muerte, donde no vió sino »algunas plumas de las aves pasage»ras. Durante su silencioso llanto sa»lió de unos matorrales vecinos la »serpiente que domesticó el misione»ro, y se le enroscó en sus pies. Aca»rició y calentó en su seno á esta »antigua amiga, que habia quedado »sola en medio de aquellas ruinas. »El hijo de Utalissi contó tambien, »que muchas veces al caer la noche »vió en aquella soledad la sombra de »Atala y la del P. Aubry: visiones »que le llenáron de un religioso es»panto y de una triste alegría. »Despues de haber buscado inútil»mente el sepulcro del ermitaño, y »hecho vanas tentativas para descu»brir el de Atala, iba ya á aban»donar aquellos lugares, quando la »cierva de la gruta se puso á saltar »en su presencia, y se detuvo al »pie de la gran cruz de la mision, »que se veia medio hundida en el

»agua: su madero estaba carcomido »de musgo, y las aves del desierto »se colgaban de sus brazos. Cháctas »se figuró, que la cierva agradecida »le conducia al sepulcro de su huéspped: cavó debaxo de la piedra, »que habia servido de altar en tiempo de los sacrificios, y encontró los »despojos de un hombre y de una »muger. No dudó que fuesen los del »sacerdote y la vírgen, que habrian »sepultado los ángeles en aquel sitio. »Sacólos de la tierra, los envolvió »en pieles de osos, y tomó otra »vez el camino del desierto, llevando consigo estos preciosos despojos, »que resonaban en sus espaldas como »la aljaba de la muerte. Por la noche los colocaba debaxo de su cabeza, y tenia sueños de amor y de »virtud. Cargado con este dulce peso »llegó al pais de los natches. ¡Extrangero, contempla aquí estos huesos y »los del mismo Cháctas!"

Al concluir la india estas palabras, me levanté, y acercándome á aquellas sagradas cenizas, me arrodillé delante de ellas en silencio: en seguida alejándome con presurosos pasos exclamé: ¡Así pasa en la tierra todo lo que es bueno, virtuoso y sensible! ¡Hombre! tú no eres mas que un sueño rápido, un desvarío doloroso: no exîstes sino por la amargura de tu alma, y la eterna melancolía de tus pensamientos.

Estas reflexîones me ocupáron toda la noche á la orilla de la catarata, que contemplaba al resplandor de la luna. Al dia siguiente al rayar la aurora mis huéspedes me dexáron, para continuar su viage en la soledad. Los soldados jóvenes abrian la marcha, y las esposas la cerraban: los primeros llevaban las preciosas reliquias, y las segundas sus reciennacidos: los ancianos caminaban lentamente en el centro, colocados entre sus abuelos y su posteridad; entre los que habian exîstido ya, y los que aun no exîs-

tian; entre los recuerdos y la esperanza; entre la patria perdida y la patria futura. ¡Ó quantas lágrimas turban la soledad, quando se abandona así el pais nativo, y desde lo alto de la colina del desierto se descubre por la postrera vez el techo en que fuimos alimentados, y el rio de nuestra cabaña, que continúa discurriendo tristemente por los solitarios campos de la patria!

¡Indios desafortunados, yo os he visto errantes por los desiertos del Nuevo-mundo, cargados con las cenizas de vuestros abuelos! Á vosotros, que me habeis dado la hospitalidad, á pesar de vuestra miseria, ni siquiera con ella podria corresponderos hoy dia, porque tambien voy errante como vosotros por el capricho de los hombres; y ménos dichoso, en mi destierro, ni aun he traido conmigo los huesos de mis padres.

completo